La conquista del ESPACIO

INTRUSOS DE OTRA DIMENSION

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

527. — ¡Objetivo: Plutón!, *Joseph Berna*.
528. — Éxodo a las estrellas, *A. Thorkent*.
529. — ¡Jaque a la Tierra!, *Glenn Parrish*.
530. — Cazando insectos en el planeta Okon, *Ralph Barby*.
531. — La gran hecatombe, *Kelltom Mclntire*.

A. THORKENT

INTRUSOS DE OTRA DIMENSIÓN

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 532
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 26.083 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición: octubre, 1980

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Allen Hogan cerró el contacto de su automóvil y saltó al suelo.
—¡Tania! —gritó, agitando los brazos.
Una lejana figura, casi oculta entre las plantaciones, le correspondió al saludo y corrió hacia él.
La muchacha llegó hasta él jadeante, con las mejillas encendidas. Se abrazaron y besaron.
—Estás preciosa esta mañana —dijo Allen—. Pero..., ¡eh! ¿Qué significa esa sombra de preocupación que veo en tus lindos ojos?
Tania trató de sonreír, pero obtuvo escaso éxito. —Tal vez son figuraciones mías, pero...
—Cuando me llamaste noté tu voz algo alterada. ¿Por qué no me dijiste entonces lo que sucedía? Me has hecho venir antes de tiempo. ¿Sabes que dejé sin terminar una reunión muy importante en el consejo?
—Lo siento, cariño, pero no me atreví a decírtelo por radio.
Él la enlazó por la cintura y ambos echaron a caminar hacia los grupos de operarios nativos que trabajaban en las plantaciones con máquinas de diversos tipos. Allen miró con arrobamiento el magnífico aspecto del campo.
—La cosecha será excelente este año —dijo—. Bien, dime de qué se trata.
—Será mejor que hables con el tío.
—No sabía que el viejo Morty estuviera aquí. Lo suponía al otro lado de las montañas, siempre con su manía de explorar el continente.
—Precisamente te llamé a la ciudad porque él deseaba hablarte.
—Está bien. Dime dónde está ese gruñón solitario. Anduvieron por las veredas, en dirección a una pequeña casa que se alzaba sobre un montículo. Por el camino se cruzaron con diversos nativos, que saludaron a Allen con vivas muestras de alegría.
Los zheditas eran pequeños hombres, que apenas alcanzaban metro y medio de altura. Estaban más cerca del mono que del hombre, pero

su inteligencia era muy superior. Sus rasgos eran dulces, pese a las enormes bocas que siempre parecían estar sonriendo.
Algunas crías saltaban al paso de los humanos. Allen les pidió disculpas por no haberles traído aquel día algunas golosinas de la ciudad.
—Con la precipitación voy a perder su amistad —dijo sonriendo, después de preguntar a una zhedita por la salud de su esposo, que desde hacía dos días no se presentaba a trabajar en los campos.
Comenzaron a descender por una suave ladera, hasta la casa. En el pórtico había una persona. Vestía pantalones y chaqueta de ante, se tocaba la cabeza con un sombrero de piel de amplia ala y fumaba una larga cachimba de la que salía un humo denso y azulado.
—Tu tío tiene buen aspecto, Tania —susurró Allen a la muchacha.
—No tenía que haber vuelto hasta dentro de dos semanas. Está muy extraño, Allen. Apenas me ha contado algo coherente. Sólo quiere decírtelo a ti.
—Si es tan importante, debió tomar un aeromóvil e ir a la ciudad. ¿Es que tú habías olvidado que hoy se reunía el consejo?
—Tío Morty desprecia el consejo. De todos sus miembros sólo te tolera a ti.
—¿Porque soy el esposo de su sobrina favorita?
—Porque nunca te has reído de sus devaneos exploradores.
—No tenía ningún motivo para reírme de sus aficiones. Si a Morty le gusta explorar las sabanas y cordilleras de Zhede, allá él. Ya es mayorcito para saber lo que hace. Además, en este planeta apenas existen peligros que un mediano tirador no pueda conjurar con un arma efectiva.
—Goza aún de una salud envidiable, Allen —dijo Tania y él sintió que se estremecía—, pero ya no es un muchacho. Me da miedo cuando sale a recorrer esas regiones inexploradas.
—Tiene infinitos amigos entre los nativos. Nunca le faltará ayuda.
—Pero las zonas que recorre están habitadas por zheditas que nunca han oído hablar de los terrestres.
—Morty hace amigos inmediatamente. Seguro que ha encontrado parientes lejanos en sus correrías de los nativos que conviven con nosotros.
—Algún día no volverá de alguna de sus incursiones.
—No seas lúgubre.
Habían llegado cerca del pórtico. Morty bajó hasta ellos y estrechó la mano de Allen. Lo hizo con fuerza. Era una mano grande y callosa.
—Vamos, entrad —dijo casi empujándoles al interior de la casa.
La sala era espaciosa, con una chimenea de ladrillos rojos al fondo, ahora apagada. Estaban en la estación veraniega que se prolongaba por más de la mitad del año solar del planeta. El invierno de Zhede era

corto y relativamente benigno.
—Tengo café preparado —dijo Morty—. Y una botella de coñac.
—¿Todavía le queda coñac? —inquirió Allen sorprendido.
—Digamos que dispongo de una pequeña reserva. El capitán del carguero que nos visitó últimamente es un buen amigo mío y me trajo en su propia cabina una partida de la Tierra. Me costó una fortuna, pero vale la pena. Aquí no tengo muchas oportunidades de gastar el dinero terrestre.
Tania le ayudó a disponer las tazas, que llenó de café humeante. Olía muy bien. Morty sabía preparar café. Luego llenó unas copas con coñac, que Allen se apresuró a probar.
—Excelente calidad, Morty.
El viejo sorbió un poco de su copa y se quedó absorto mirando el cristal.
—Tengo que darte noticias, Allen —dijo.
—Para eso he venido: para escuchadas. No tenía que haber dejado la ciudad hasta el atardecer. ¿A causa de esas noticias has regresado antes de tiempo?
—Tenía pensado internarme hasta los valles que lindan con la costa norte, Allen. Están al otro lado de los desiertos de cristal y son regiones estupendas, que dentro de unos años nos serán muy útiles.
—Tengo noticias de ellos. ¿Viven muchos zheditas allí?
—Vivían, Allen.
—¿Qué quieres decir?
—Bueno, no vivían muchos. Tal vez un poblado o dos, unos dos mil, creo. Ahora no queda nada. Las casas están vacías.
Allen dejó de beber el coñac y miró fijamente al viejo, que fumaba sin cesar la cachimba.
—¿Qué ha sucedido? ¿Emigración o epidemia?
—Eso pensé al principio. Ya sabemos que algunos pueblos zheditas acostumbran a practicar el nomadeo en diversas estaciones. Es algo que sólo ellos entienden y ejercitan siguiendo un rito casi secreto. Pero cuando abandonan una aldea siempre dejan unos símbolos que indican al viajero que regresarán dentro de cierto tiempo. Pues bien, esas dos aldeas estaban desprovistas de toda clase de aviso. Sencillamente, se habían largado inesperadamente. Es decir, huyeron.
—¿De qué? No existe nada en Zhede que asuste a los nativos.
—Eso mismo pensé y seguí adelante muy confundido. Encontré las huellas de los fugitivos y caminé en sentido opuesto, pero tomando precauciones. Conduje el turbocar a pequeña velocidad, siempre volando por encima de los árboles y preparado a todo, sin saber a qué atenerme exactamente.
—Siga, Morty.

—Unos treinta kilómetros más al norte, cuando comenzaban los desiertos de cristal, hallé el primer indicio. Eran unos rastros en los brillantes paneles que ascendían hacia las montañas. Algo que ensuciaba la belleza increíble de los cristales. Había habido gente allí, Allen.
—¿Qué clase de gente, Morty?
—Entonces no lo sabía. Sólo deduje que máquinas pesadas habían roto los paneles, las más bellas montañas de colores. Bajé con el turbocar, siempre procurando no hacer mucho ruido. Me deslicé por los montes más bajos hasta llegar al comienzo de esos valles que quería explorar. Allí estaba la máquina, Allen.
—Por Dios, déjese de tantos preámbulos y dígame qué era esa máquina.
El viejo respiró profundamente. Frunció el entrecejo.
—Era como una araña gigantesca, de metal brillante y negro. Tan grande como el edificio del consejo. Se movía lentamente entre la exuberante vegetación del valle. Yo me asusté. Lo reconozco. Pero conseguí descender hasta una pequeña elevación del terreno en donde la vegetación me ocultaba. Desde allí estuve observando.
»Calculé que había sido la araña lo que provocó las huellas en las laderas, rompiendo y ennegreciendo los paneles. Súbitamente el artefacto plegó sus patas y se elevó en el aire. Volaba a poca velocidad y a unos doscientos metros del suelo. Yo la seguí a distancia.
»Creo que dejamos el valle y pasamos a otro, aún mucho mayor, con grandes prados en el centro. La araña descendió y recorrió unos kilómetros a ras del suelo, chamuscando la hermosa vegetación verde. A penas veía un lugar desde donde atisbar sin ser descubierto, por lo que opté por refugiarme detrás de los últimos arbustos y mirar por los prismáticos.
»La araña terminó deteniéndose junto a una descomunal nave, Allen. ¡Una nave como nunca has podido imaginar de enorme! Estaba detrás de unos altos montes que rompían la monotonía del prado. Pero lo que dejaba entrever era más que suficiente para que pudiera hacerme una idea de sus colosales dimensiones. A su lado, la gran araña era como una mosca al lado de un hombre.
—Morty, yo... —comenzó a decir Allen. El viejo le miró ceñudo y con ira.
—Estás pensando que estoy chocheando, ¿verdad?
—Yo ...
—Vamos, dilo.
—Morty, existen grandes transportes especiales, como los que nos trajeron a este planeta. Pero esas naves no podrían descender a causa de su enorme masa. Se usaron transbordadores y...

—¿Y por lo tanto estoy loco? ¡La nave que vi era mayor que cualquier transporte que nos trajo a Zhede, Allen! Cómo logró posarse en el valle es algo que no puedo explicar, pero estaba allí. Y ahora también estará en el valle.
—De acuerdo, Morty, perdona. ¿Quieres continuar?
—Ya queda poco. Decidí arriesgarme y dirigí el turbocar en dirección este, dando un gran rodeo y situándome al otro lado del valle. Desde la altura de un monte pude apreciar toda la magnitud de la gran nave. Era como si tres largos cuerpos estuvieran unidos por gruesos tubos, formando un triángulo. El cuerpo más grande era el que parecía estar posado en el prado. Los otros estaban sostenidos por medio de un sistema de engranaje. Cada cuerpo debía medir más de dos kilómetros, Allen. ¿Te imaginas los miles de toneladas? ¿Qué colosal fuerza puede impulsar una nave de esas características?
—Tal vez no sea una nave.
—¿Qué puede ser entonces?
—No lo sé. Diablos, Morty, esto debió contarlo al consejo esta mañana, no a mí.
Tania había permanecido en silencio hasta entonces. Dijo:
—Ya se lo indiqué, pero se negó en redondo a ir a la ciudad.
—Viejo terco —masculló Allen—. Desde que sostuvo esa discusión con el consejo hace años no dirige la palabra a ningún miembro.
—Excepto a ti —recalcó el viejo cruzando los brazos sobre el pecho.
—A veces me pregunto por qué me habla.
—Fuiste el único que se levantó para defender mi punto de vista. Yo insistí entonces que se debía terminar una exploración concienzuda del planeta antes de afincarnos en un área limitada.
—Y entonces se lanzó a realizar esa exploración por su cuenta. Su actitud siempre fue interpretada como una rabieta de un niño.
—¿Entiendes ahora por qué no puedo presentarme ante el consejo y contarle lo que te he dicho a ti? Desde el primer momento iban a pensar que todo me lo he inventado yo.
—Pero con pruebas suficientes le creerán —Allen entornó los ojos, llenos de suspicacias—. Usted siempre va cargado de filmadoras y máquinas fotográficas. ¿Es que no tiene nada de eso?
—Maldita sea. Allen. Lo olvidé todo en ese viaje —señaló hacia un rincón, donde sobre una mesa se amontonaban diversos aparatos.
Allen suspiró resignado.
—Está bien. ¿Qué quiere de mí?
—Tenemos que volver al valle y obtener las pruebas suficientes para pedir una reunión extraordinaria del consejo. Quiero que vengas conmigo, que seamos dos al menos los que afirmemos que hemos visto esa nave.
El joven cerró los ojos. Un viaje así necesitaba cuatro días como

mínimo. Al abrirlos, vio que Tania le miraba fijamente.
—¿Es que dudas de lo que dice Morty? —preguntó su esposa.
—Por Dios, Tania. ¿Qué pasaría si vamos al valle y no encontramos allí nada?
El viejo se mordió los labios. Dijo secamente:
—Me retiraré. Dejaré de recorrer el continente y nadie volverá a saber más de mí.
—No le veo como ermitaño, Morty —sonrió Allen.
—Sé de un lugar donde pasaré los últimos días de mi vida muy feliz. Conozco una aldea de pescadores en el oeste y...
—De acuerdo, Morty. Le acompañaré, como es su deseo.
—Magnífico, Allen.
— Ya me avisará cuando quiere partir.
—¿Cómo que cuando? Mañana mismo sin falta.
—¿Eh? No puedo dejar mi trabajo en los cultivos...
—Tania puede encargarse de dirigir a los nativos por cuatro o cinco días.
—Eso ni pensarlo —protestó Tania—. El personal está capacitado para trabajar solo. Estoy segura que ellos sabrán hacerlo muy bien sin mí. Y la recolección no comenzará hasta dentro de varias semanas. Además, tres pares de ojos verán más. Y así seremos tres testigos.
Allen se pasó la mano por la cara. ¿Pensaba él realmente que el viejo había visto lo que afirmaba? La cabeza de Morty siempre había estado bien puesta sobre los hombros. Nunca había dado muestras de desequilibrio mental, aunque sí de testarudez.
—Creo un poco precipitado salir mañana...
—Será a primera hora y te juro que tendré todo el equipo dispuesto en mi turbocar. Y esta vez no olvidaré nada.
El viejo se levantó y salió de la sala. Se escuchó trastear en su dormitorio. Allen miró a Tania.
—De todas formas es mi deber notificar al consejo, Tania. Ella le devolvió una mirada dura.
—No se hará nada a espaldas del tío. El consejo puede esperar nuestro regreso.
—¿Temes que nada de lo que ha dicho sea cierto y se rían de él?
—Al menos no quiero que comiencen a reírse antes de tiempo. Y tengo fe en él. Si dice que ha visto una enorme nave, así habrá sido.
—Pero cariño, es imposible que una máquina del tamaño que dice, consiga descender hasta la superficie de un planeta con gravedad similar a la Tierra.
—Puede que esa nave nada tenga que ver con nuestros conceptos.
—¿Un ingeniero procedente de una galaxia lejana? —Allen comenzó a sonreír.
—Tú eres un creyente del mito extendido que asegura que los

humanos son los únicos seres capaces de viajar a las estrellas. Puedes estar equivocado.
—Vamos, Tania. Los seres inteligentes no humanos que hemos encontrado en los mundos que llevamos explorados están aquí precisamente, en Zhede, y aunque son encantadores los nativos, aún estaban a miles de años de distancia cuando llegamos para lograr viajar al mundo más cercano.
—Pero eso no invalida la posibilidad de que seamos visitados por seres inteligentes procedentes de un sistema lejano.
Allen asintió incapaz de replicar nada convincente.
—Está bien. Dentro de dos días llegaremos a ese dichoso valle y saldremos de dudas. Si no vemos nada allí consideraré esta molestia como un picnic.

CAPÍTULO II

Morty Zbar necesitó siete días para llegar hasta los valles, pero conduciendo el turbocar tres personas, en día y medio volaban ya por los desiertos de cristal.
—Ahora debemos marchar con precaución —dijo Morty a Tania, que conducía en aquel momento.
Detrás de los asientos de los pilotos, Allen miraba a través de potentes prismáticos. En aquellos momentos podía deleitarse observando el bello y bronco paisaje de los desiertos. Era mediodía y las aristas cristalinas brillaban bajo el sol amarillo. A su derecha se extendía una amplia extensión ondulante, que culminaba en un monolito natural de más de doscientos metros de altura.
—Creo que esto es lo más hermoso de Zhede —musitó Allen.
—Y también lo más horrible. Es terriblemente cruel, muchacho —gruñó el viejo mientras mascaba su cachimba—. U n hombre no duraría allí abajo más de un día.
—Pero usted ha estado en el desierto varias semanas.
—Yo lo conozco y sé como tratarlo. Aunque te parezca inverosímil, existen infinidad de formas de vida entre esas arenas y cristales. Son vidas primitivas, pero que si se conocen uno puede utilizarlas para su supervivencia.
—De todas formas no me agradaría perderme ahí, señor Zbar —rió Allen dejando los prismáticos al lado de su asiento. Se restregó los ojos, cansado de observar.
—Si temes tal cosa porque piensas que el turbocar puede sufrir una avería, olvídalo. Lo cuido mejor que mi propio cuerpo. Eh, Tania. Estamos llegando al final del desierto.
Pronto comenzarán los valles del norte. Será mejor que me entregues el mando.

Tania asintió. Morty se hizo cargo del pilotaje y ella lanzó un suspiro, relajándose.
Morty aceleró para esquivar las últimas montañas de cristal. Rebasadas éstas, el paisaje se hizo menos agreste. Comenzaron a verse núcleos de vegetación. Entonces disminuyó la velocidad, volando más bajo.
—Me hubiera gustado volver a las aldeas zheditas desiertas, pero sé que estáis impacientes por llegar al valle.
—¿Tal vez los indígenas hayan regresado?
—Ojalá fuera así —masculló el viejo—. Llegaremos a nuestro destino dentro de unos minutos.
—Si sigues volando tan bajo nos llevaremos la copa de los árboles —indicó, molesta, Tania.
—Yo pilotaba cuando tú aún mamabas, pequeña —rió el viejo. Ofrecía un aspecto jovial, como si se sintiera en su elemento.
«—Desde luego —pensó Allen—; parece estar muy seguro de lo que vio.»
Dejaron atrás amplias zonas arboladas y cruzadas por muchos riachuelos de claras aguas. El turbocar rugió suavemente y Morty lo hizo descender sobre un claro. Luego lo condujo hasta debajo de unos árboles.
—A partir de aquí caminaremos, si no os importa —dijo levantándose del sillón. Comenzó a recoger sus cosas y abrió la puerta de la cabina.
—No pensé que estuviéramos tan cerca —dijo Tania.
—Cerca de aquí vi la araña. Por lo tanto, la gran nave no estará lejos —saltó al suelo y esperó a que Tania y Allen se unieran a él. Entonces señaló hacia el otro lado del pequeño bosque—. En esa dirección.
Allen recogió del interior del turbocar una mochila y se la cargó al hombro. Luego se sujetó la pistola a la cintura. Se encasquetó una gorra con visera y dijo sonriente:
—Bien, vamos a ver ese monstruoso aparato.
Morty le dirigió una mirada furibunda.
—Déjate de burlas y presta atención a todo, muchacho.
—Está bien abuelo. Si veo una araña te llamaré en lugar de aplastarla con el pie.
El viejo le hizo un gesto despreciativo y se puso en marcha.
—No seas cruel con el tío —le dijo Tania con el ceño fruncido—. ¿Es que ahora no le crees?
Allen dejó súbitamente su risueño semblante.
—Sigo teniendo la misma confianza. Quizá es que desearía que lo que contó lo hubiera soñado, que no existiera esa dichosa nave ni las arañas mecánicas.
—¿Y si así fuera?
—Te prometo que no le recriminaría nada. Tania, tenemos un planeta

demasiado hermoso para que nadie llegue a perturbarlo. ¿Me comprendes?
Ella sonrió y le agarró la mano.
—Claro que sí. Y me alegro que pienses así.
Se habían quedado rezagados y el viejo se volvió impaciente hacia ellos, animándoles a caminar más deprisa.
—Estos valles serían ideales para instalar granjas —comentó Allen—. Cuando aumente la población el consejo debería considerar la posibilidad de enviar colonos aquí. Un adecuado servicio aéreo y...
Morty se había detenido y alzó la mano exigiendo silencio. Se agachó e indicó que hicieran lo mismo que él. Se arrastró por entre unas altas matas que crecían densas alrededor de árboles de gruesos troncos, de los cuales pendían unos frutos brillantes y rojizos.
Allen se adelantó hasta colocarse al lado del viejo. Le interrogó con la mirada y Morty señaló el suelo.
—Mira: son rastros de la araña —dijo con voz queda. El joven apartó algunas hierbas. Descubrió unas hondonadas delante de sus botas. Más allá había más indicios semejantes. Pensó que aquello podía haber sido por las patas de hierro de un vehículo en forma de araña o... por cualquier cosa mucho más natural.
—¿Está seguro que fue aquí donde la vio? —preguntó Allen.
—Sinceramente, no —admitió el viejo—. Más o menos sería por aquí.
—Estas huellas son viejas —dijo Allen tomando un puñado de tierra —. Tal vez de dos o tres días.
—Posiblemente, cuatro días —Morty se incorporó. Después de aguzar el oído, siguió caminando, ahora más resueltamente—. Escucha los pájaros. Están tranquilos. No debe haber ahora nada extraño por los contornos. Cuatro o cinco kilómetros más adelante está el lugar donde estaba posada la gran nave. De eso estoy totalmente seguro.
Allen le siguió. Pronto iban a salir de dudas. Las huellas encontradas allí no probaban nada. Miró hacia atrás. Tania estaba preparando las cámaras. Le sonrió animadamente después de registrar las huellas.
Unos minutos más tarde, tuvo que ser Morty quien les dijera que ya estaban en el valle grande. El ascenso por las laderas había sido suave, casi imperceptible. Sólo a derecha e izquierda se alzaban pequeños montes, pero más adelante existían verdaderas montañas, que encerraban un paraje idílico.
—Descansemos un poco —farfulló el viejo sentándose sobre una gruesa raíz.
Tania dejó sobre la hierba una bolsa y sacó unos bocadillos y cantimploras.
—Hace demasiado calor —dijo Allen—. Creo que podríamos descansar hasta que el sol no caliente tanto. Sería aconsejable aproximamos al punto crucial al atardecer.

El viejo le miró fijamente.
—Sí, creo que tienes razón —concluyó engullendo un buen trozo de bocadillo.
Pero se quedó con la comida en la boca, sin comenzar a masticarla. Puso los ojos como platos. Miraba por encima de los hombros de Allen, quien al descubrir la actitud de Morty, se volvió lentamente.
Eran cinco hombres los que se acercaban hacia ellos, desplegados y apuntándoles con armas largas y negras.
Cuando los componentes de la expedición empezaron a incorporarse, soltando sobre la hierba comida y cantimploras, los cinco hombres se detuvieron y alzaron sus armas. Vestían uniformes negros y se tocaban con brillantes cascos de acero, negros también.
—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Morty secamente. Uno de los hombres avanzó un par de pasos e hizo unos movimientos para que levantaran los brazos. El gesto era visible y le obedecieron.
—¿De dónde demonios han salido? —inquirió Allen entre dientes.
—Silencio —bramó el hombre que les había conminado a alzar los brazos. Sobre sus plateadas hombreras lucía unos signos extraños. Su única palabra fue pronunciada con fuerte acento.
Dos de los soldados se adelantaron y desarmaron a Tania y Allen. El viejo había dejado apoyado sobre el árbol su rifle, que se precipitaron a coger.
—¿Quiénes son ustedes? —inquirió el que parecía mandar el grupo en su gutural inglés.
—Creo que son ustedes los que deberían dar explicaciones —protestó el viejo—. ¿De qué baile de disfraces vienen?
—¿Viven en este planeta?
—¡Claro que vivimos! Es algo que no pueden afirmar ustedes, ¿no?
—Yo hago las preguntas. ¿Dónde está su aldea o ciudad? ¿En qué clase de nave llegaron?
—Son demasiadas preguntas para contestarlas de una vez.
—Ya. Está bien. Les llevaré ante el propio *brigadefuhrer*.
Si, eso será lo conveniente. Le complacerá interrogarles.
—Oiga, ¿con qué derecho va a interrogamos? ¿De dónde vienen y qué hacen armados por aquí?
—Cállese ahora, Morty —le susurró Allen al oído—. Parecen más asustados que nosotros.
—¡Silencio! —bramó uno de los hombres que caminaban detrás de ellos.
Allen tomó la mano de Tania fuertemente. Ella le miró y le respondió con una sonrisa, intentándola insuflar confianza.
Los cinco hombres vestidos de negro se movían alrededor de los presuntos prisioneros con cierto nerviosismo. Miraban de un lado a otro, como si temiesen ser sorprendidos por un enemigo invisible.

El oficial corrió unos metros y atisbó desde un árbol. Pareció encontrar el camino expedito e indicó con un gesto de su brazo armado que siguiesen.
Al cabo de unos minutos llegaron hasta un vehículo pintado de gris, parecido a un camión, pero más ancho y grande. La cabina era una semiesfera transparente, dentro de la cual había dos hombres. Uno estaba detrás del volante y el segundo hacía girar constantemente una especie de cañón corto.
Los soldados obligaron a los tres colonos a correr hacia el vehículo, del cual se había abierto una puerta. Les hicieron entrar y el último cerró la hoja de acero rápidamente. Enseguida se puso el motor en marcha y avanzaron entre los árboles.
El interior de la parte trasera del vehículo disponía de unos asientos, casi todos dirigidos hacia las mirillas, por la que dos de los soldados sacaron sus armas. Otros dos dedicaron su atención a los prisioneros y el oficial se sentó en el asiento delantero, cerca de la semiesfera donde viajaba el conductor y el artillero.
Morty hizo intención de preguntar algo al oficial, pero éste le hizo callar llevándose el índice a los labios. Aunque parecían más relajados dentro del vehículo, aún no había desaparecido de sus gestos el nerviosismo.
Allen, aunque no había mucha luz dentro de la cabina acorazada, se dedicó a estudiar a sus captores.
No cabía la menor duda que se trataban de humanos.
Todos eran altos y fuertes. Excepto el oficial, eran rubios y tenían ojos azules. Sus miradas parecían cansadas, como si hubiesen terminado un trabajo agotador.
Allen estaba sentado entre Morty y Tania. Cuando el oficial tomó un micrófono y empezó a hablar en un idioma que le era desconocido, pese a que algunas palabras le eran familiares, dijo entre dientes:
—Apostaría la paga de un año que son terrestres.
—¿Terrestres de dónde? —ironizó Morty—. Hay gente de la Tierra en un centenar de planetas. ¿Sabes lo que está hablando el jefe?
Allen negó con la cabeza.
—En un viejo idioma de la Tierra, no la mezcla de inglés y castellano que nosotros hablamos. Muchacho, esta gente habla alemán antiguo. Estoy seguro.
El joven no supo qué replicar. ¿Qué podía aclarar les aquello, una vez que no se podía discutir el origen terrestre de esos misteriosos hombres que tan extrañamente se comportaban?
El oficial había dejado de hablar, sin duda comunicando a sus superiores que regresaba con prisioneros. Les miró unos instantes y luego, dándoles la espalda, se sentó al lado de uno de los observadores que oteaban el contorno de la derecha.

—¿Qué pasa con esas arañas, Morty? ¿Vio un vehículo como éste y lo confundió con otro de aspecto arácnido?
—No, de ninguna manera. Lo que vi tenía el aspecto de una araña y se deslizaba por el suelo y el aire. Este vehículo es totalmente de superficie.
No podían ver mucho a través de las mirillas, excesivamente estrechas. Cuando el vehículo se detuvo, media hora más tarde, Allen había estado cronometrando el tiempo, fueron obligados a bajar. Los soldados parecían más relajados e incluso el oficial se permitió el lujo de sonreírles. Hasta ayudó a Tania a descender, cogiéndole de una mano.
Allen parpadeó para acostumbrarse de nuevo a la luz del día. Entonces se quedó mudo de asombro. Tania gimió a su lado y Morty casi soltó una risotada de alegría. Frente a ellos estaba la gran nave, tal como el viejo la había descrito.
Pero Allen se la había imaginado menos grande, menos impresionante que aquella enorme mole de acero, de tres cuerpos, que se alzaba hacia el cielo, aplastándoles con su magnitud.
Junto a la base del cuerpo cilíndrico que tomaba contacto con el suelo, se hallaban varios vehículos negros, de aspecto arácnido. Unas docenas de hombres y mujeres se movían a su alrededor.
El oficial les indicó que caminaran hacia la gran nave. La vigilancia que sobre los prisioneros ejercían los soldados no era ya tan severa. Muchas personas se acercaban a ellos, mirándoles curiosamente.
Tuvieron que recorrer más de doscientos metros hasta llegar a una puerta circular que se abría cerca de la proa del cilindro. Otros hombres con uniformes negros gritaron a los curiosos que se alejaran. Los había de varios aspectos y uniformes, pero la mayoría parecía vestir ropas de faena.
El oficial que les había encontrado se detuvo junto a la entrada y dialogó breves instantes con los que allí montaban guardia.
Antes de penetrar en la nave, los prisioneros se volvieron cuando escucharon el ruido que producían varias de las arañas al levantar el vuelo y alejarse.
—Vamos —les dijo el oficial—. El propio almirante desea interrogaros.
Apenas habían avanzado unos metros por el interior de un pasillo amplio y fuertemente iluminado, cuando Morty, con voz alterada, preguntó:
—Bien, ya estamos en su cubil, caballeros. ¿Por qué no me dicen ahora de quiénes somos prisioneros?
—¿Prisioneros? —el oficial les miró sorprendido—. No son nuestros prisioneros, por supuesto.
—¿No? ¿Por qué nos desarmaron y nos han conducido aquí?
—Estamos protegiéndoles, señores. Les quitamos las armas porque

no es lógico que civiles lleven armas estando protegidos por la *Schutztaffel*. Ahora ya no corren peligro alguno.
—¿Qué es la *Schutztaffel*? —preguntó Tania a su tío. Morty parecía perplejo cuando replicó:
—Creo que corrientemente se las llamaba las SS, una especie de cuerpo paramilitar del *Nationalsozialistiche Deutsche Arbeiter Partei* del tercer Reich.
El oficial le miró sonriente y exclamó:
—Usted habla mi idioma, señor. Morty se encogió de hombros.
—Siempre me gustó la vieja historia y lo aprendí un poco para entenderla mejor.
—Sigo sin comprender nada —replicó Allen.
—Ni yo tampoco, no creas —dijo el viejo.

CAPÍTULO III

Allen calculó que había pasado a uno de los cilindros superiores, tal vez al de la derecha según la dirección por la que entraron. Las dimensiones internas de la nave resultaron sobrecogedoras. Empero, no vieron muchas personas dentro. Más bien los largos corredores y pasillos aparecían demoledoramente desiertos.
Sólo cuando entraron en una sala amplia, recubierta de maderas nobles hasta el alto techo, se encontraron con guardias armados ante una puerta grande, también de madera. Aquel era un lujo poco usual en una nave espacial.
Al pasar delante de los guardias éstos hicieron sonar sus tacones y presentaron armas, al tiempo que giraban sus cabezas hacia el grupo. En sus brazos izquierdos lucían unas escarapelas circulares con una cruz en forma de aspa, quebradas sus extremidades.
Antes de empujar la puerta, el oficial y los dos soldados que aún les seguían, se detuvieron un instante para recomponer sus uniformes y quitarse un poco el polvo acumulado en el exterior.
Luego, ceremoniosamente, el oficial empujó las puertas de madera y avanzó marcialmente al interior de la siguiente estancia.
Allen vio una mesa larga de madera roja y muy brillante.
Estaba reciamente tallada y detrás, sentado en un sillón de alto respaldar, se hallaba un hombre. A su lado, de pie, había una mujer enfundada en un uniforme verde oliva. Tenía el pelo rubio cortado y sus ojos brillaban en intenso color azul.
El oficial se cuadró a tres metros de la mesa. Alzó su brazo derecho y saludó con una frase que Allen no entendió.
Entonces el hombre del monóculo se incorporó levemente de su sillón y observó a los tres colonos. Luego se llevó la mano derecha hacia el pelo canoso cortado al cepillo. Cuando se reclinó en su sillón dijo

pausadamente, en inglés tal vez excesivamente correcto para sus interlocutores:
—Me congratula la presencia de humanos en este planeta, señores.
La mujer dijo una corta frase en alemán y el hombre replicó en inglés, intencionadamente para que le entendieran los recién llegados:
—No hay duda que son humanos totalmente, coronel —sonrió y agregó—: Hace unos años les hubiéramos preguntado si eran arios puros, ¿no?, pero hoy sólo nos importa si son humanos. Claro que preferiblemente dentro de unas condiciones étnicas imprescindibles. Creo que vamos a tener una charla larga y amena, por lo que deberán sentirse más cómodos.
El hombre se ajustó un monóculo que había tenido en la mano derecha. Hizo un gesto y rápidamente los soldados acercaron tres sillas a la mesa. Con un gesto, el almirante indicó que se sentasen.
Después de volver a quitarse el monóculo, el almirante dijo:
—Mi nombre es Mark Von Gruber, almirante de la nave *Walhalla*. Les presento a la *truppfuhrer* Erika Von Lanstrung. Al teniente Gorsler ya le conocen. Desearía conocer sus nombres, señores.
Morty Zbar presentó a su sobrina y al marido de ésta y luego dio su nombre.
—Somos colonos de este planeta, almirante —agregó serenamente—. Un consejo de ciudadanos presidido por el Regidor Sowars es el máximo organismo de Zhede.
—¿Quiere decir que existe una colonia en este mundo, instalada hace tiempo? ¿Cuántos años?
—De forma estable desde hace treinta años.
—No puedo creerlo...
—¿Puedo preguntar qué le hace dudar de mis palabras?
—Cuando descendimos en este mundo que ustedes llaman Zhede, no descubrimos presencia humana. Al parecer es bastante reducida en comparación con esos otros seres...
—Si se refiere a los nativos, tiene razón. No sabemos exactamente cuantos zheditas existen, pero calculamos que unos quinientos o seiscientos millones. La colonia apenas ocupa una mínima parte de la superficie. La mayor parte del planeta sigue inexplorada. Este continente es el mayor de todos, pero suponemos que incluso en las zonas más frías viven nativos.
—¡Pero los que ustedes llaman zheditas son tlardos! Morty se volvió para mirar a los esposos Hogan. Allen se encogió de hombros y Tania entornó los ojos.
—No sé qué quiere decir, señor —comenzó diciendo Allen.
—Hemos descubierto algunos núcleos urbanos de tlardos en los valles cercanos, al este de esos desiertos de cristal —dijo excitado el almirante—. ¿Es que durante esos años que lleva instalada la colonia

en Zhede, como llaman ustedes este planeta, no han tenido ningún incidente mortal con ellos? Por los dioses que no comprendo cómo el *Reichtag* ha consentido la instalación de un núcleo humano en un mundo dominado por nuestros más mortales enemigos.
—Un momento, señor —dijo Morty—. Creo que hablamos distintos idiomas pese que nos expresamos en inglés, que dominamos.
—¿Es que no es su idioma? El inglés ha sido aceptado por la alta dirección del *Reichtag* hace ochenta años, así como el español y francés y...
—Nuestro idioma es una mezcla de varios, señor. El inglés lo conocemos porque procedemos de una expansión australiana que…
—¡Australia no existe!
—No podemos rebatirle, señor. Nuestros ascendientes colonizaron un mundo situado a cincuenta años luz de éste, hace dos siglos y...
La faz del almirante se tornó roja, congestionada. La mujer del uniforme verde oliva se movió inquieta y detrás de los colonos, el teniente y los soldados se acercaron vacilantes hasta ellos.
Van Gruber se levantó y los colonos hicieron lo mismo.
El almirante miró a la mujer y nerviosamente dijo:
—Van Lanstrung, llévese a estas personas. Quiero que los médicos me digan si están locos o no. ¡Hablan como dementes! Debí suponer que debían estarlo cuando afirman vivir cerca de los tlardos. Infórmeme cuando saque algo en claro.
Comenzó a retirarse de la mesa. Morty dijo con fuerte voz:
—Señor, creo que nosotros también podemos pensar lo mismo. No comprendemos nada. Tampoco sabemos quienes son ustedes ni qué hacen con tanta demostración de poder en un planeta amparado por la Liga de Expansión Estelar. Si no puedo rebatirle lo que ha dicho de que Australia no existe es por la sencilla razón que disponemos de pocas noticias de la Tierra desde hace cerca de tres siglos.
El almirante caminaba hacia el fondo de la estancia, en dirección a una pequeña puerta. Se detuvo y giró su cabeza levemente.
—No quiero escuchar más sandeces. Están acumulando disparates. ¡Nadie ha podido salir de la Tierra hace tres siglos porque... Porque no, sencillamente! Estoy perdiendo el tiempo.
Se marchó dando un sonoro portazo. La mujer llamada Erika Van Lanstrung caminó alrededor de la mesa y se situó delante de los tres colonos. Sus finos labios dibujaron una leve sonrisa cuando dijo:
—Creo que deben acompañarme a mi despacho. Allí conversaremos más tranquilos. El almirante no puede dedicarles mucho de su escaso tiempo, como comprenderán. Por favor, vengan conmigo.
Cuando el teniente y los soldados hicieron intención de seguirles, la *truppfuhrer* les ordenó que les dejasen solos.
El despacho de la mujer estaba al otro lado del pasillo.

Era mucho más pequeño que el del almirante, pero los colonos se sintieron allí más confortables. El asistente de la *truppfuhrer* les sirvió té en una pequeña mesa, alrededor de la cual se sentaron. A una silenciosa indicación, se retiró.
—Estoy obligada a admitir que yo también me siento confusa ante lo que estoy viendo en este planeta. Debemos sinceramos todos. Les creo si afirman que ustedes también están extrañados. ¿Puedo preguntarles por qué muestran asombro ante nuestra presencia? Según el informe que nos radió el teniente mientras les traía aquí, ustedes parecen no reconocemos, lo cual es ilógico. En sólo veinte años no pueden haber cambiado tanto las cosas, que las tropas de *Schutztaffel* no sean acogidas con entusiasmo.
—Se refiere a las SS, ¿no? —inquirió Morty—. Usted no lleva el mismo uniforme que ellos...
—No. Soy del ejército —Erika sonrió torvamente—. Bueno, una mera representación. ¿Es que no saben que las SS relegaron a los profesionales mucho antes de comenzar la conquista del espacio?
—No sabemos nada, realmente.
—Soy jefe de tropa, señor Zbar. Tropas de choque, que han de permanecer hibernadas. Los técnicos y SS sólo lo están periódicamente mientras dura nuestro largo viaje.
—¿Un viaje de ida o de regreso? —inquirió Allen.
La jefe le miró con sequedad. Dijo después de beber un poco de té:
—Comienza a adivinar, creo. Regresamos, señor Hogan.
De un largo y cruel viaje. Todavía no sabemos exactamente cuánto tiempo real hemos permanecido en el espacio estelar —se volvió para mirar súbitamente al viejo—. Pienso que es usted el único de los tres que tiene una ligera idea de la situación, señor Zbar. Conoce el alemán, según tengo entendido. Y también algo de historia. Pero lo que no encaja en todo esto es que afirmen ser descendientes de australianos.
—¿Porque el almirante dice que Australia fue destruida, que no existe? —inquirió el viejo.
—¿No están seguros?
—No lo sé. Al menos Australia era una próspera región de la Tierra hace un par de siglos. Pero también hay descendientes de neozelandeses en nuestra colonia. Y algunos sudamericanos.
Erika arrugó el ceño.
—Dos siglos, dice. No, no puede ser. Y juraría que no están locos, que creen firmemente lo que dicen.
—¿La ofendería si pensáramos que es una sarta de disparates lo que oímos de usted, señora? —preguntó Tania.
—No podría. ¿Cómo se llama la estrella de este planeta?
—Lambha. Y Zhede es el único planeta habitable de este sistema. Los

otros cuatro ni siquiera podrán ser terraformados.
—Por los dioses. ¿Cuánto tiempo hace que salimos de la Tierra?
Los tres colonos se miraron entre sí.
—¿Es que no lo saben? —preguntó el viejo suavemente.
—Sé que el almirante rabiaba por preguntarles algo, pero es demasiado orgulloso para mostrarse ignorante ante civiles.
—¿Por qué no nos dice de dónde vienen y cuando salieron de la Tierra, si es que realmente proceden de allí?
Erika miró duramente a Allen.
—Claro que partimos de la Tierra. Nos enviaron a combatir a los tlardos. Teníamos la misión de arrasar su planeta. Pero nos detuvieron muy lejos de sus sistemas solares principales. Son más fuertes de lo que habíamos pensado. Apenas conseguimos destruir un cincuenta por ciento de uno de sus mundos más poblados. Pero estimamos los daños infligidos suficientes para que durante algún tiempo desistan de seguir con sus ataques a los planetas humanos.
»Apenas regresábamos, la nave penetró en una vorágine cósmica y nos sumergimos en una zona demente. Así estuvimos tres meses. Hace un mes salimos al espacio normal y buscamos el camino de regreso. Estábamos buscándolo cuando nos aproximamos a este planeta y el almirante decidió descender.
»En circunstancias normales se habrían llevado a cabo exploraciones concienzudas antes de descender, pero la nave tenía ciertas averías en sus computadoras y existía el peligro de que las cabinas de hibernación sufrieran desperfectos. Hubiera sido una catástrofe.
»Yo fui despertada apenas aterrizamos. Aunque el almirante sólo confía en sus soldados SS, a mí se me advirtió que tal vez mis batallones serían puestos en estado de alerta ante el descubrimiento hecho en este planeta.
—¿A qué descubrimiento se refiere?
—Naturalmente a la presencia masiva de tlardos.
—Sigue llamando tlardos a los pacíficos zheditas —gruño el viejo—. Se han confundido de raza. Ustedes fueron a combatir a los tlardos y parece ser que los odian. Pero es absurdo que consideren a los nativos de este mundo como enemigos.
Erika se adelantó hacia el viejo y dijo lentamente:
—No nos equivocamos, señor Zbar. Por desgracia conocemos a los tlardos perfectamente. Y los subhumanos que viven en este planeta son tlardos, aunque ustedes los llamen de otra forma. ¿Es que conviven con ellos?
—¡Naturalmente que sí! La Liga de Expansión Estelar tardó muchos años en permitir la colonización de Zhede. Sólo se hizo cuando se adoptaron todos los requisitos para preservar los derechos de los nativos.

La mujer palideció.
—Estamos dando vueltas y seguimos sin entendemos. Dejemos a los tlardos. El almirante confía que yo le lleve datos verosímiles y exactos. ¿Qué calendario usan en este planeta?
—Dos. Si se refiere al nuestro propio, estamos en el 41.
Claro que será más sencillo el terrestre. Estamos en el 2432.
—¿De la era cristiana?
—Sí. Al final todo el mundo lo adoptó.
Los dedos de la mujer tamborilearon nerviosamente sobre la mesa. Todos la observaron en silencio, respetando su preocupación evidente.
—Por los dioses, por Thor —susurró—. No habíamos pensado que fueran tantos años —alzó la cara y dijo con fuerza—. Según nuestros cálculos estamos en el 2098. ¡334 años de diferencia! Es lógico que no nos entendamos.
—No debe sorprenderles esta diferencia de años que encuentran a su regreso, señora —dijo amablemente Morty—. Ustedes partieron a una guerra lejana. Si viajaron a la velocidad de la luz, el tiempo normal transcurrió velozmente para ustedes.
—Conozco esa teoría, señor —dijo, altanera, Erika—. Pero los cálculos habían previsto que sólo existiría una diferencia de doce años, tal vez veinte a lo sumo.
—Debe existir una explicación. Tal vez ese vértice al que cayeron...
—Es igual. El almirante debe saber esto en seguida —Erika se levantó. Movía las manos nerviosamente—. Tengo que ir a verle inmediatamente. Deben considerarse nuestros invitados, señores. Enviaré un ordenanza para que les lleve a sus estancias provisionales.
Cuando se quedaron a solas, Tania cogió la mano de su tío y le preguntó ansiosamente:
—Por Cristo, dime qué está pasando aquí, si es que entiendes algo.
Morty se rascó la barbilla. Miró a su sobrina cansadamente.
—Querida, creo que debemos ser precavidos. Me temo que estamos ante algo increíble, que puede resultamos muy peligroso. Esta gente a pesar de su apariencia humana... No sé. Son terrestres, o descendientes de terrestres, pero proceden de otro tiempo.
—Sí, eso ya lo sabemos. Han estado ausentes más de tres siglos —asintió Allen—. ¿Es que no vamos a ayudarles?
—¿A qué, muchacho? No somos sino una colonia autosuficiente, según las exigencias del LEE. A Zhede tardan mucho tiempo los cargueros en venir. Apenas uno o dos cada año. Pero carecemos de otras cosas que no sean azadas y aperos de labranza, además de vehículos para el trabajo y algunos aparatos voladores. ¿Cómo vamos a ayudarles cuando cuentan con una nave colosal, que al parecer no

ha sufrido muchos desperfectos después de sostener una guerra dura aunque corta?
—Estás realmente preocupado —dijo Tania—. ¿Por qué?
—Demonios —mascullό el viejo—. Tal vez sea porque he leído demasiados libros de historia y a mi mente vuelven trozos de la vida antigua de la Tierra. Estoy recordando cosas y cada vez me siento más intranquilo. Tendré que repasar ciertos libros que abarcan el siglo XX. Sí, creo que ahí está la clave.
—Te estás volviendo tan misterioso como ellos, tío —rió Tania nerviosamente.
—Es que no quiero precipitarme. Todos los colonos siempre me han tomado por un chiflado, echándome en cara mis aficiones por las exploraciones y el estudio de la vieja historia, que según ellos es una forma estúpida de perder el tiempo. ¡Idiotas! Ahora no existe nadie en este planeta que sepa nada para llegar a una conclusión.
—Y usted ha llegado a una, presumo.
—Es posible. Esta gente, muchacho, dice venir de la Tierra, lo cual no les discuto. Pero también afirman que han estado ausentes, según sus cálculos, de diez a veinte años, lo cual quiere decir que partieron alrededor del 2070, más o menos. ¡No concuerda nada!
—Explícate.
—Sus uniformes, sus métodos y disciplina. No sé. Cuando se expresaron acerca de los humanos, de arios y todo eso. Es como si se refirieran a una vieja ideología repulsiva. —En conclusión...
—Esa gente ha perdido tres siglos de tiempo objetivo, seguro. Pero además...

CAPÍTULO IV

El regidor Sowars dobló el papel y miró a los consejeros.
—Esto es todo, señores —dijo.
—¿Cuándo llegarán? —preguntó alguien.
—Creo que esta tarde. Obviamente, ya ordené que despejaran el terreno.
—¿Sin decírnoslo antes? —preguntó con irritación el consejero Cameron.
—No había tiempo. El mensaje de Allen Hogan no contenía una consulta ni solicitud de permiso, sino que se limitaba a exponer los hechos.
—Es demasiado conciso. No explica nada,
—Estoy de acuerdo con usted, consejero Cameron —asintió el regidor, sentándose pesadamente en su silla. ¿Qué habrían hecho ustedes en mi lugar?
Uno de los once consejeros dijo:

—Es verdad. Aún estamos a tiempo de decirles que no se acerquen, que permanezcan en donde se encuentran, ¿no? —y miró burlonamente a Cameron.
Este se volvió violentamente.
—¿Cuándo están en camino? Por las dimensiones del terreno que piden debe tratarse de algo enorme, que sin duda habrá precisado de delicadas maniobras para elevarse en la atmósfera y conducirlo durante mil quinientos kilómetros. No, no hay tiempo ya.
—Yo tampoco lo tenía y tuve que decidirme. Le dije a Allen el lugar elegido y le pareció bien.
—Se perderá parte de la cosecha...
—Nos sobran cosechas. Estamos produciendo mucho más de lo que necesita la colonia —sonrió el regidor—. Seguimos fielmente el programa de LEE, disponiéndolo todo para acoger millones de colonos dentro de unos años.
—Habría que informar a LEE, precisamente. Esta llegada es muy irregular...
—Tardaríamos dos años en contactar con Austranda, para que desde nuestro mundo de procedencia reenvíen el mensaje a la Tierra. Y LEE enviaría inmediatamente la respuesta, que no recibiríamos hasta dentro de cinco años. Las naves llegan antes que las comunicaciones, al menos así será mientras no se invente un sistema de comunicación mejor.
—¿Cuándo llega el próximo carguero?
—Dentro de tres meses.
Cameron se movió en su sillón, nerviosamente. Miró hacia su derecha, donde doce nativos que componían la parte zhedita del consejo permanecían callados, escuchando atentamente las deliberaciones de sus colegas humanos. El-Dar-Karre, su líder, levantó su mano para hablar.
—Ha habido algo en la zona donde estuvieron esos hombres, regidor —dijo pausadamente, como hablaban los zheditas cuando se expresaban en lengua terrestre.
—¿A qué se refiere, regidor?
—No podría decirlo con exactitud. Pero congéneres míos que habitaban en dos aldeas ya no están allí.
Sowars arrugó el ceño. A pesar de vivir más de veinte años en Zhede y apreciar sinceramente a los nativos, e incluso hablar casi perfectamente su simplificada lengua, aún no los comprendía totalmente.
Los zheditas tardaron mucho tiempo en dar su consentimiento a la petición de LEE para permitir el asentamiento de los colonos humanos. Las conversaciones fueron largas, casi agotadoras para la comisión enviada por Austranda y que a su vez gozaba del amparo de

la Tierra. Al final los nativos admitieron la llegada de colonos bajo ciertas condiciones. La principal era que únicamente los zheditas que quisieran intentarían la integración en las costumbres humanas. El resto eran cuestiones sin importancia.
Los primeros colonos llegados hacía unos cuarenta años a Zhede, temiendo que la mano de obra y colaboración de los humanoides del planeta nunca accedieran a colaborar con ellos. Los nativos parecieron observar a los austrandanos desde lejos, hasta que al cabo de cierto tiempo se les fueron acercando muy despacio. Pero no todas las aldeas zheditas consintieron en admitir a los humanos. Algunas emigraron a tierras lejanas. Pero ninguna se mostró hostil.
Con el paso de los años, los nativos terminaron colaborando con los colonos y trabajaron con ellos estrechamente. Sólo una vez existió un roce. Fue cuando intentaron cambiar el curso de un río para mejorar el regadío de una amplia zona. Los nativos se negaron tajantemente. Cuando al fin los miembros del consejo lograron que sus colegas zheditas les explicaran las causas, su sorpresa fue enorme.
Resultaba que en aquel río acostumbraban abrevar las manadas de *shidutis* migratorias en su anual camino al norte, en donde existían numerosas tribus.
¿Por qué los nativos que convivían con los humanos se molestaban tanto, incluso amenazando con la ruptura de colaboración, por conservar la llegada de los *shidutis* a las lejanas regiones del norte para que así obtuvieran alimentos en el invierno sus hermanos, a los que ni siquiera conocían por encontrarse a más de cinco mil kilómetros?
Los miembros zheditas del consejo no se dignaron a explicar nada. Sólo insistían en que el abrevadero natural de los animales migratorios no debía ser alterado porque ello supondría que su tradicional llegada al norte se vería alterada.
Sowars estudiaba a El-Dar-Karre. El anciano zhedita hablaba de dos aldeas que seguramente nunca había visitado él, ni siquiera ningún nativo que viviera en un radio de quinientos kilómetros de la ciudad.
Se encogió de hombros. Sabía que era inútil interrogar a los nativos cuando éstos no estaban predispuestos a contestar. Y menos en aquella sesión.
—¿Qué sugiere que puede haberles pasado? —preguntó Sowars.
—Tal vez pronto se lo pueda decir señor —replicó el zhedita. Inclinó su cabeza, lo que indicaba que dejaba de hablar.
—Bien —suspiró Sowars. Volvió su atención a los consejeros humanos—. Volvamos al tema. Allen siguió al viejo Zbar cuando éste descubrió hace unos días la presencia de esos hombres. Les acompañó la señora Hogan. Los tres están bien, acogidos amablemente por la tripulación de la nave. Sé que todos ustedes

tienen cientos de preguntas que hacer, pero creo que podremos esperar a que lleguen. Su comandante en jefe es el almirante Von Gruber, quien está ansioso por entrevistarse con nosotros. Al parecer tiene una serie de peticiones que hacernos.
—¿De qué índole? —preguntó Cameron con recelo.
—No puedo ni imaginármelo —replicó molesto el regidor—. Repito que el mensaje de Allen fue escueto. Hasta diría que lo leyó. Sólo admitió mi respuesta, lógicamente afirmativa.
—¿Qué aspecto tenía Allen?
—¿Quiere decir si la transmisión fue visual además de oral? Pues no. Se usó onda corta. Disponemos de algún tiempo para informar a la colonia, si así se considera oportuno, señores. Creo que todo el mundo debe saber la verdad.
Los consejeros, tanto humanos como nativos, asintieron en silencio. Sowars se preguntó si los zheditas no conocían ya en aquellos instantes la llegada de los extraños viajeros.
Tomó el mensaje transcrito de Allen y releyó un pasaje en silencio. Asintió y dijo al consejo:
—Particularmente, he sacado la conclusión de que la nave en cuestión es de guerra. Y muy potente.
Algunos consejeros palidecieron. Cameron medio se incorporó de su sillón. Tembló cuando decía:
—No he podido percibir en el mensaje de Allen ningún indicio de peligro.
—Ciertamente, Cameron —admitió el regidor—. El hecho de que se trate de una nave de combate no significa que llegue en son de guerra. Soy de la opinión de que debemos recibirles cordialmente... Aunque no por ello seamos precavidos.
—¿Hasta qué extremos debemos adoptar precauciones?
—Hasta el límite que nos impone nuestra carencia casi absoluta de armas. Por supuesto queda descartada la posibilidad de resistencia, incluso si su presencia es hostil, lo que dudo.
—Es su opinión —restalló Cameron.
—Y la nuestra también —dijo un consejero.
La sesión terminó en medio de discusiones, en las que los nativos se abstuvieron de intervenir. Con su seriedad característica para aquellas circunstancias, se fueron retirando después de despedirse amablemente de sus colegas humanos.
Sowars llamó la atención a El-Dar-Kerre. Le dijo:
—Quiero hablar con usted a solas, líder.
El nativo asintió y siguió al regidor a un pequeño despacho. Cerró la puerta y los murmullos que llegaban de la sala del consejo quedaron ahogados.
—Le veo preocupado por lo sucedido en esas dos aldeas situadas al

norte, El-Dar-Karre —dijo de sopetón.
El nativo se sonrió levemente. Recogió su túnica mientras se sentó en la silla que le indicó el regidor.
—Efectivamente, señor.
—Permítame que me asombre, amigo. Esas dos aldeas están situadas muy lejos de la zona que ocupamos. ¿Puedo preguntarle cómo se enteró de la desaparición de los aldeanos?
—Digamos que ustedes, los humanos, aún no han tenido tiempo de conocernos, señor.
—Tratamos de ser amables...
—Lo sé. Al principio, cuando llegaron, recelamos. Pero comprobamos que sus intenciones eran honestas, que verdaderamente pretendían convivir con nosotros pacíficamente y no arrebatamos nuestras tierras.
—Hay terreno de sobra para las dos razas. Creo que es hora de que los humanos respeten la propiedad de los aborígenes. La Tierra está muy interesada en que la colonización sea perfecta.
—Confiemos que eso siempre sea así. Pero ahora debemos estar preocupados.
—¿Por la presencia de esa nave?
—Sí.
—Estoy de acuerdo con usted. Son gente extraña. Me confunde.
—Creo que será difícil incluso la convivencia de los colonos con ellos, señor.
—No entiendo...
—Digamos que todos debemos ser prudentes. Incluso no deberán conocer toda la realidad de Zhede.
—¿Respecto a qué?
—A que ustedes, los humanos, sólo son huéspedes nuestros y no los amos del planeta. Por el momento los recién llegados deben pensar que nosotros, los nativos, sólo les ayudamos a ustedes porque somos inferiores a los humanos.
—¡Pero eso es absurdo! Aunque ustedes no dispongan de una alta tecnología no significa que sean retrasados mentales. Poseen una sociedad perfecta, que nosotros siempre hemos procurado no interferir. Es más, creo que son superiores a nosotros. Nunca han tenido guerras entre sí. Incluso nuestros investigadores siempre se han sentido confundidos ante su desarrollo y...
EI-Dar-Kerre se levantó y su interlocutor hizo lo mismo.
El nativo indicaba por su gesto que tenía prisa.
—Debo reunirme con los míos, regidor. Por favor, no olvide mis palabras. Mientras esos extraños estén en el planeta, nosotros nos mostraremos sumisos. Pareceremos sus... digamos esclavos.
—¡No lo permitiré!
El jefe nativo sonrió con sus gruesos labios. Dijo muy seguro:

—Debe hacerlo, se lo ruego. Por el bien de las dos comunidades.
El regidor se quedó pensativo mientras veía cómo el líder Zhedita se retiraba. Se rascó la barbilla unos instantes. Siempre le habían confundido los nativos, tan sumisos algunas veces, pero cuando surgía un tema de relaciones con los humanos que parecía no satisfacerles, se mostraban duros y terminantes en sus negativas. Había sucedido varias veces, y aunque al principio los terrestres se ofuscaron, luego tuvieron que reconocer que la razón no había estado precisamente de su parte.
Suspiró ruidosamente y se dirigió al pequeño cuarto de aseo que disponía cerca de su despacho. Mientras se desnudaba para meterse en la ducha se preguntó si la comisión de bienvenida debía ser numerosa o, por el contrario, sucinta.

* * *

El almirante Van Gruber se abrochó el cuello de su guerrea y echó un último vistazo de su aspecto en el espejo. Sonrió. Seguramente los colonos se sentirían impresionados.
Se volvió para preguntar a la oficial Van Lanstrung.
—Supongo que la tropa estará reluciente, querida amiga. ¿Todo dispuesto para desplegar algo vistoso?
—Una compañía de las *Schutztaffel* y otra de granaderos están dispuestas, señor. Si hubiéramos dispuesto de más tiempo habríamos despertado algunas tropas más.
—Serán suficiente. ¿Cuándo aterrizaremos?
—Dentro de diez minutos.
—Bien, quiero que esos tres colonos que encontramos bajen de la nave, detrás de mí, por supuesto. Su presencia tranquilizará a los demás. Confío en que seremos debidamente recibidos. Al fin y al cabo, están en una colonia del Reich.
—Ellos no parecen conocer tal cosa, señor.
El almirante miró a Erika con el ceño fruncido.
—¿Qué quieres decir?
—Están extrañados de nuestra presencia, señor. No saben nada del glorioso pasado de nuestras gestas. Los símbolos les son desconocidos y...
—Sí, es decepcionante —asintió el almirante. Había perdido una buena parte de su euforia—. Pero no olvidemos que hemos estado ausentes mucho tiempo. ¡Maldita sea! Al final ese tal... ¿Cómo se llamó ese individuo que huyó de nuestra amada patria hace muchos años?
—Albert Einstein, señor.
—Bueno, pues tenía razón cuando lanzó sus teorías acerca de la relatividad, pero seguramente que se las robó a algún ario puro para

disponer de mérito y conseguir la entrada en Estados Unidos —el almirante sonrió al recordar en lo que se había convertido aquel país.
Erika permanecía en silencio. Sus ojos brillaron despreciativos. Von Gruber era miembro del partido y raramente compartía con ella tales confidencias. Tal vez la perspectiva de ser protagonista de una recepción apoteósica le ponía eufórico.
—Empero, la mujer se consideró obligada a responder.
—Sería prudente no hablar demasiado, señor. Quiero decir, extenderse en alegorías referentes a nuestra misión.
El almirante la miró incrédulo.
—¿Por qué?
—Aún no sabemos exactamente lo que podemos encontrarnos.
—¿Aún está preocupada por la ignorancia que demuestran?
—Sí, así es. No es lógica la explicación de que a causa de la lejanía de la Tierra, en este planeta apenas se conocen lo datos de la partida de nuestra nave para luchar contra lo tlardos.
—Hum, cuando regresemos a la Tierra tengo que habla con el ministro de propaganda. ¡Es inexcusable que se descuide tanto estos planetas! No podemos consentir que crezca una colonia sin estar debidamente adoctrinada.
Erika resopló cuando el almirante le dio la espalda. Dijo:
—Si, señor. Se lo recordaré cuando regresemos.
—En el *Reichtag* van a tener que escucharme —dijo el almirante después de recoger su gorra y dirigiéndose hacia la salida de sus dependencias privadas.

CAPÍTULO V

El regidor se sentó en su sillón y se secó el sudor con un enorme pañuelo de hierbas.
—Dios mío, ¡qué desastre!
Frente a él, Morty Zbar se encogió de hombros.
—Vamos, Sowars, no te preocupes —dijo el viejo, sentándose en una silla, cerca del regidor—. Es cierto que el almirante se sintió muy decepcionado cuando apenas vio unos cientos de personas en la explanada y ninguna banda de música, pero tu discurso fue muy bonito..., a pesar de que apenas duró medio minuto.
—¿Qué podía decirles? —gimió Sowars.
—Oh, no te lo recrimino; es mejor que haya sido así. Extenderse más hubiera supuesto un peligro: el de cometer un error. Y eso es lo que no podemos permitimos ahora, querido amigo.
El regidor le miró con los ojos muy abiertos.
—¿Qué quieres decir?
—Esa gente es peligrosa, Sowars. Vamos a tener problemas.

—Hablas como El-Dar-Kerre.
—Por cierto, ¿dónde está ese granuja? Había pensado que estaría a tu lado durante la recepción. Al no verle me alegré. También me puso contento que no hubiera apenas una docena de nativos por los alrededores.
—El-Dar-Kerre me sugirió que los zheditas debían mantenerse al margen, aparentar que son inferiores a nosotros.
—Siempre he dicho que El-Dar-Kerre es demasiado inteligente; él ha comprendido bien la situación.
—Pues yo sigo sin entender apenas nada —mascullό el regidor—. Y es preciso que sepa algo antes de dos horas. Para entonces debo acudir a esa nave, porque el almirante Van Gruber, según me comunicó esa mujer de uniforme, ha de entregarme una lista de peticiones. ¡Pero por el tono que empleó parecía indicarme que se tratarán de órdenes!
El viejo movió la cabeza y apoyó las manos en la mesa.
Trató de reunir un montón de paciencia.
—Mira, Sowars. Esa gente salió de la Tierra hace más de tres siglos con la misión de combatir contra una raza al parecer hostil a los humanos. Regresaban con una victoria parcial cuando sufrieron un incidente y cayeron en una especie de vórtice estelar, o tal vez un agujero negro, no sé. Súbita mente surgieron cerca de aquí, de Zhede, y decidieron descender. Al parecer han reparado ligeras averías, pero intuyo que además poseen intenciones secretas que por el momento no están dispuestos a revelamos.
—Tal vez la entrevista que el almirante solicita conmigo sea para decírmelo.
—Es posible. Pero, por Dios, Sowars, ten mucho cuidado. Esa gente está mintiendo o aquí sucede lo que estoy empezando a suponer.
—Explícate de una vez, hombre...
—Mis abuelos llegaron a Austranda con un montón de libros antiguos terrestres, que yo leí con avidez. No quiero censurar a nadie, pero yo creo que he sido el único que primero en Austranda y luego aquí, me preocupé por la vieja historia y las exploraciones mientras todos me criticaban...
—Morty, yo...
—Dejemos esto. Tú has sido el primero que se enfadó cuando abandoné el consejo. Dijiste que estaba perdiendo el tiempo con mis lecturas y mis viajes. Bueno, lo que quiero decirte es que ningún habitante humano en Zhede sabe lo que pasó en, la Tierra durante el siglo XX y XXI. Entérate bien: ninguna nave salió en el 2098 que se llamase *Walhalla* hacia un lejano lugar en la Galaxia a combatir unos seres llamados tlardos.
—Puede ser que tus libros no hablasen de esa nave...

—¡No! —casi rugió el viejo—. Esas gentes, Sowars, son nazis.
—¿Y qué? ¿Se trata de una religión? El viejo resopló.
—Casi, en cierto modo. Una ideología política la convirtieron en algo místico, en un destino. Los que crearon el partido nazi enloquecieron un gran pueblo, al que engañaron y lanzaron a una guerra mundial a mediados del siglo veinte. Los nazis odiaban a determinadas razas, alegando que eran inferiores y culpables de todas las desdichas de la Humanidad. En realidad, aunque terminaron creyendo sus hipócritas mentiras, usaron tales excusas para engañar al pueblo que arrastraron a la destrucción, porque esa guerra terminaron perdiéndola.
»Alemania no ganó la guerra, Sowars, ¡y esa gente se comporta como si el Tercer Reich aún existiera, como si al final ellos hubieran sido los vencedores!
El regidor movió la cabeza.
—Bueno, tú dices que Alemania perdió la guerra a mediados del siglo veinte, pero la *Walhalla* partió casi al final del veintiuno. ¿No encaja esto en tu historia?
—No, imposible. Aunque hubo intentos de hacer renacer el nazismo o el fascismo posteriormente, no hubo éxito. Luego llegó la expansión espacial y la gente estuvo demasiado ocupada. La Tierra se descongestionó y la presión que durante cien años había estado a punto de explotar en una guerra total, desapareció.
Sowars estaba perplejo.
—Entonces, ¿de dónde vienen esas gentes y qué pretenden? El viejo se encogió de hombros.
—No lo sé. Esa mujer, Erika Van Lanstrung, ha hecho varias insinuaciones, aunque todavía no parece tenernos demasiada confianza, la suficiente para revelamos cosas interesantes. Por el momento, sólo pretende averiguar lo que pasa en Zhede, y por ende, en la Galaxia. Creo que esa mujer es estupenda, Sowars. Me gustaría volver a hablar con ella en privado.
—Bien, ¿qué me aconsejas? Al parecer, hoy todo el mundo debe darme consejos.
—No estoy seguro, pero creo que debes limitarte a escuchar. Por muy absurdas que sean las peticiones del almirante, no te sorprendas por ellas. Limítate a pedirle tiempo para contestarle. ¿De acuerdo?
—No tengo otra alternativa. Por cierto, Morty, deberías acompañarme a la nave.
—¿Para qué?
—Procura entrevistarte con esa mujer de nuevo. Sonsácala.
Morty lo pensó unos instantes.
—Está bien. Te acompañaré. Procura dejarme libre una vez en la nave. Si el almirante desea hablar a solas, yo pediré a Erika una

reunión privada.
—¿Qué debo decirle al almirante si me interroga respecto a los zheditas?
—Por supuesto, que nada tienen que ver con esos tlardos a los que tanto parecen temer, y que son nuestros... digamos fieles servidores. ¿Irá también Allen?
—¿Eh? No había pensado en él. ¿Crees que será conveniente? .
—Desde luego. Incluso sería mejor que él fuera quien sonsaque a Erika —sonrió—. Ella parece sentir cierta simpatía por él.
Sowars mostró un gesto de complicidad.
—Entonces, que no nos acompañe tu sobrina.

* * *

—Comprendo su interés por conocer a fondo nuestra nave Walhalla, Hogan —dijo Erika—. Pero no puedo hacerlo sin el consentimiento del almirante. Tendríamos que esperar a que termine su entrevista con el regidor Sowars para obtenerlo.
Allen negó con la cabeza. Miró a Erika. La mujer vestía una blusa verde oliva y pantalones ajustados del mismo color. Sus botas altas brillaban y los pequeños tacones realzaban su esbeltez. Debajo del brazo llevaba la gorra militar.
Paseaban alrededor de la nave, muy despacio. Diversas arañas patrullaban alrededor, en el gran espacio llano. Erika dio una patada a un guijarro.
—Parece que les hemos estropeado una gran porción de terreno dispuesto para la siembra —dijo Erika. Dirigió un vistazo hacia la aldea, que se alzaba a unos mil metros de ellos.
—No se preocupe por eso. Tenemos terreno de sobra —respondió Allen.
Cuando llegó al *Walhalla* acompañado del regidor, Erika les esperaba fuera. Dijo que sólo Sowars podía entrar. El almirante le esperaba nada más que a él.
Había pedido al *truppfuhrer* que le mostrase la nave y la respuesta negativa de ella no le había sorprendido nada. Pero al menos había roto el frágil muro de hielo que parecía alzarse entre ellos. De soslayo observó al viejo Morty, intentando mantener una difícil conversación en alemán con el teniente Corsler, que se encontraba de jefe de guardia al mando del pelotón de adustos soldados vestidos de negro.
—Sólo hay miembros de las SS —comentó Allen— de vigilancia, lo cual me parece algo absurdo. ¿Qué temen?
—Son las ordenanzas, Hogan.
—Usted no pertenece a las SS.
—No. Soy comandante de las tropas de choque.
—Que está hibernada a bordo, ¿no? Creo recordar que dijo que a

usted la despertaron cuando estaban a punto de descender.
—Estaba previsto un desembarco en el mundo tlardo. No pudo llevarse a cabo.
—Entonces, sus tropas no han despertado desde que partieron de la Tierra, ¿no?
—No —la respuesta de Erika estaba llena de resentimiento.
—Parece usted descontenta, Erika.
—Hay diez mil hombres congelados a bordo, que cada tres meses son despertados, revisados por los médicos y vueltos a congelar. No se les permite opinar. ¿Sabe por qué hacen eso con ellos, con las tropas regulares formadas por gentes que no pertenecen al partido?
Allen tuvo que limitarse a negar con la cabeza.
Erika miró a su alrededor, como si temiera que alguien escuchara sus palabras.
—Fueron embarcados sin decirles adónde iban ni lo que esperaban de ellos los mandos del partido. Pudieron haber muerto durante el combate en el espacio, sin enterarse. Es horrible, Allen.
Allen se humedeció los labios. Miró hacia la salida de la nave. En cualquier momento podía aparecer por ella el regidor. La entrevista con el almirante podía ser corta. Tenía poco tiempo para hablar con Erika.
—Quiero pedirle algo, Erika —susurró Allen. Estaban lejos de la nave. El viejo seguía dialogando con el oficial, a más de cien metros de ellos, y las arañas se movían por la llanura, a gran distancia.
Ella cruzó los brazos sobre el pecho y le sonrió con cierta amargura.
—Lo esperaba. Sé que desea preguntarme qué ha pasado en la Tierra. Al menos en el mundo que nosotros dejamos.
—¿Cómo lo ha adivinado?
—No soy tan presuntuosa como para imaginar que usted quería cortejarme, llevarme a la cama. No soy tan bonita como su esposa. Debo parecerle demasiado poco femenina.
Allen le tomó las manos. Su sonrisa fue franca cuando le dijo:
—Es usted preciosa y no pretendo halagarla. Pero acertó.
Deseo saber lo que son ustedes. No encajan en nuestro universo.
Erika se mordió los labios. Volvió ligeramente la cabeza.
Luego miró fijamente a Allen y dijo:
—He forjado una teoría. Espero que usted no se ría de mí.
—¿Por qué iba a reírme?
—El almirante lo hizo. O tal vez, a causa de su orgullo, no pudo admitir la realidad. Confieso que estoy asustada, pero no puede existir otra explicación —Erika señaló con el mentón a Morty—. Ese hombre parece que también ha llegado a las mismas conclusiones que yo...
—Es posible. Creo que Morty es el único en la colonia que posee conocimientos para ello.

—Dígame qué sabe el señor Zbar y yo le contaré lo que desea. Necesito confirmar mis ideas.
Allen aspiró fuertemente. Erika le pedía algo que Morty le había dicho que debía mantener en secreto, después de contarle su conversación con el regidor y pedirle que debía ganarse la confianza de Erika. Abatió los hombros. No sabía por qué, pero aquella mujer le parecía sincera.
Se lo contó todo excepto lo referente a los zheditas. Erika le había escuchado, volviéndose su bello rostro más pálido a medida que hablaba.
—Bien, esperaba más o menos lo que me ha dicho —confesó ella—. ¿Cómo decirle, Allen, que Alemania no perdió la guerra? En nuestro Universo todo marchó paralelamente hasta la batalla de Inglaterra. Los británicos no resistieron los bombardeos de Goering. Pidieron el armisticio y las islas fueron ocupadas totalmente. El rey huyó al Canadá con su familia. Europa fue totalmente nuestra cuando la operación Barbarroja pudo disponer de todos los efectivos del ejército alemán. Rusia no pudo resistir hasta el invierno.
—Morty dice que el comienzo de la derrota del Tercer Reich empezó en Stalingrado.
—Esa ciudad no resistió ni dos semanas. Pasamos al otro lado del río fácilmente —sonrió—. Corrieron tanto los Panzers que dejamos muy atrás a nuestros aliados rumanos e italianos. Sólo quedó Siberia y por el momento la olvidamos.
—¿Entonces, Estados Unidos no llegaron a intervenir?
—En Europa no. Estuvieron muy atareados tratando de impedir que los japoneses les invadieran. Lo lograron, pero quedaron tan maltrechos que cuando el Japón firmó la paz con ellos en 1944, Alemania se encontró en una posición de fuerza tal que incluso dominó políticamente el Pacífico y el subcontinente asiático.
—¿Lucharon contra Japón?
—No llegamos a ello. No fue necesario. En 1946, Alemania disponía de la bomba atómica y sus aviones a reacción eran los dueños del aire en todo el mundo.
—*Peenemunde* —susurró Allen.
—Sí. Allí nuestros científicos idearon nuevas máquinas de guerra, misiles capaces de alcanzar el país más lejano. ¿Quién podía resistirse a Alemania? La economía de Estados Unidos quedó tan mal parada que superó la crisis de 1929. Se sucedieron revueltas en todos los estados y nuestros agentes lograron implantar gobiernos nacionalsocialistas en toda América, desde Alaska a la Tierra del Fuego.
—Pero hubieron matanzas de judíos, gitanos y otras razas no puras...
Eríka enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Eso dice el viejo que pasó en la Tierra?
—Sí. Los nazis mataron a millones de seres cuando el curso de la guerra empezó a resultarle funesto. No estoy seguro de cuándo empezó. Tal vez fue antes.
—Cierto que existió una propaganda contra el pueblo judío, pero fue un ardid propagandístico para unir más al pueblo alemán. Cierto que murieron muchas personas en la guerra por cuestiones políticas, pero no se produjeron matanzas. ¿Para qué matar gentes? Los planes alemanes fueron extensos y había trabajo por delante. EN 1956 se llegó a la Luna y diez años más tarde a Venus y a Marte.
—Mucho antes que en mi Universo...
—Disponíamos de todo el potencial preciso —el gesto de Erika se tornó sombrío—. Nuestro *Fuhrer* murió en 1965 y entonces llegó un período de inestabilidad en el Reich. Muchos pretendieron sucederle, pero afortunadamente se alzó un hombre que consolidó el poder. Creo que esos años fueron negros para nuestra historia. Se mataron a muchos miles de personas y se produjeron alteraciones en todo el planeta. De nuevo se echó la culpa a los judíos y otras razas, a ciertas clases privilegiadas. Sí, es posible que las matanzas en masa se hubieran producido de no surgir los tlardos.
—Estoy impaciente por saber de ellos.
—Fue cuando la primera expedición alcanzó Neptuno. Allí descubrieron naves tlardos y fueron atacados. La noticia de que la Tierra y las incipientes colonias terrestres corrían peligro galvanizó a toda la Humanidad. Se olvidaron los rencores y las diferencias. Todos se unieron alrededor del *Reich* y su jefe para luchar contra los tlardos.
—Fue afortunada su aparición, al parecer.
—Es posible. Aunque Hitler prometió un imperio de mil años, a su muerte las cosas estaban mal. Pese a existir partidos nazis en todas las naciones y los gobiernos títeres eran fieles al *Reichtag*, los movimientos separatistas eran cada vez mayores. Con la aparición de los tlardos todo se apaciguó.
»Un estado totalitario puede movilizar cientos de millones de personas y disponer de medios económicos fabulosos. Se instalaron fortalezas en todos los planetas y se lanzaron satélites artificiales para vigilar el sistema solar. Las incursiones de los tlardos se hicieron cada vez más raras.
—Y regresaron los descontentos a las masas, ¿no? Erika asintió.
—Cuando se alcanzó Alfa del Centauro de nuevo tuvimos noticias de los tlardos. Ahora había que combatirlos en las estrellas. Los desalojamos de allí y el *Reichtag* dispuso que debíamos llevar la guerra a sus mundos, que era una raza enemiga mortal de la Tierra y la raza humana.
—¿Fueron ustedes los primeros en partir hacia el mundo tlardo?

—La *Walhalla* fue la primera nave, sí. Creo que otras lo hicieron después. Eso no podemos saberlo ya.
—¿Qué pasó?
—Si el almirante fuese capaz de admitir la verdad, podríamos disponer de los ordenadores y sacar conclusiones exactas. Pero creo que el vórtice donde entramos nos trasladó a otro Universo paralelo, a uno donde Alemania fue vencida y tres siglos más adelante en el tiempo.
—A un tiempo donde la gente apenas sabe nada de la historia de la vieja Tierra y donde el Tercer Reich nada significa. ¿Por qué no se lo comunica oficialmente al almirante?
Erika agitó la cabeza, rechazando la sugerencia de Allen que para ella parecía resultarle absurda.
—Es un fanático, Allen. No podría admitirlo. Creo que sueña con un regreso triunfal a la Tierra, ser recibido en Berlín como un héroe. Aunque admite la posibilidad de regresar tres siglos más tarde, su fe en el Reich es tal que la posibilidad de que no exista supone un hecho de alta traición.
—Pero tendrá que volver a la Tierra —miró la nave enorme. Estaban bajo su sombra sobrecogedora—. Pese a su poder no puede confiar en restaurar algo parecido al mundo que han perdido para siempre. Ahora existe la Liga de Expansión Estelar, algo tan alejado al sistema dictatorial que Von Gruber conoció que no podría admitirlo.
Se volvieron para ver cómo de la nave descendía el regidor. Repentinamente nerviosa. Erika dijo:
—Marchamos sería la solución para ustedes, Allen; pero esto no se resolverá tan fácilmente, por desgracia.
Allen la miró interrogativamente.
—Usted no me lo ha contado todo.
Empezó a regresar a la nave y replicó la mujer:
—Soy militar. Y hay cosas que no puedo revelar. Lo siento.
Preocupado, Allen se dirigió hacia Morty y Sowars. El regidor caminaba cansinamente, con los hombros caídos y los ojos bajos.
Se preguntó qué demonios había sucedido en la entrevista.

CAPÍTULO VI

—Allen.
Notó que la mano de Tania se posaba en su hombro.
Dejó de mirar por la ventana hacia el exterior. Había estado observando la lejana nave que brillaba en la noche como una rojiza estrella en el llano.
El hombre asió a la mujer por la cintura y ella apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Debes dormir —dijo Tania—. Mañana será un día difícil.
Allen asintió. Deglutió con dificultad.
—Sí. Mañana espera el almirante la respuesta a sus peticiones.
—Aún recordó la tempestuosa reunión. Los gritos de protesta estallaron en la sala cuando Sowars, abatido, repitió lo que en realidad eran órdenes de Van Gruber. Los miembros nativos del consejo estuvieron callados, con su líder al frente. El-Dar-Karre y los demás zheditas habían sido convocados secretamente, avisados por mensajeros de confianza. Pese a las precauciones, en la colonia humana se había extendido la noticia que los extraños recién llegados iban a provocar problemas. Pero aún desconocían la magnitud de éstos.
—¿Qué puede decidir el consejo? —masculló Allen—. Sólo disponemos de algunas armas de caza y un par de docenas de láseres, que mañana debemos entregar a los invasores. También nos exigen los vehículos. Sólo nos dejarán los tractores y demás elementos de exclusivo uso agrícola. Estamos perdidos, Tania.
Se apartó de la ventana y se dirigió a la pequeña cocina.
Llenó hasta el borde un vaso de vino, rojo y oloroso producto de Zhede. En aquel momento le hubiera gustado disponer de coñac o vodka, algo fuerte. Bebió un largo trago y chasqueó la lengua. El dulzor del vino se le había antojado agrio.
Tania se apoyó contra el quicio de la entrada.
—Usarán Zhede sólo como una estación de tránsito, cariño. Pronto nos dejarán. Su destino es la Tierra. Allí conocerán la realidad que se resisten a admitir.
—No lo veo tan sencillo. Esos malditos quieren hacer cambios. El almirante desea que Sowars disuelva el consejo y sea nombrado un *Gauleiter*. Creo que significa jefe de distrito o algo parecido. Dejará aquí un contingente de tropas, pero no de soldados regulares, sino de esos fanáticos de las SS. ¿Y sabes con qué propósito?
Ella reconoció su ignorancia con un movimiento de cabeza.
—Acabar con los supervivientes zheditas, con los que ellos suponen que escaparán a la matanza que están dispuestos a iniciar antes de partir a la capital del Tercer Reich que sólo existe en su calenturienta imaginación. Tal vez aún haya un Berlín capital de un imperio, pero no en este Universo.
—Dios mío —murmuró Tania—. No sabía lo del exterminio de los zheditas.
—Es lo peor. Nosotros podríamos resistir hasta que esa maldita nave llegase a la Tierra y todos fuesen internados en un manicomio, pero para entonces habrán provocado una matanza entre los nativos. ¡No podemos tolerar que la mejor convivencia entre aborígenes y humanos de la Galaxia sea anulada por la locura de unos fanáticos!

Tania le echó los brazos alrededor del cuello y le besó.
Mostró una sonrisa de circunstancias, un amago fútil para animarle.
—Serénate. Aún queda la posibilidad de convencer a esa gente para que posponga el exterminio de los nativos.
—¿Cómo?
—Convenciéndoles de que los zheditas nos son imprescindibles para el cultivo de la Tierra. Debemos engañarles para que partan hacia la Tierra cuanto antes y se convenzan de la realidad.
—Eres deliciosa, cariño —sonrió Allen—. Pero no estoy tranquilo. La *Walhalla* puede retornar de la Tierra. En su camino de regreso pasarán por Austranda.
—¿Y qué?
—De allí llegaron nuestros padres a colonizar Zhede. Nosotros dependemos de Austranda, un planeta autosuficiente, unido a la Liga, demasiado independiente. Los nazis pueden intentar conquistarlo cuando se percaten que no disponen de medios defensivos. Entonces dominarían dos mundos idóneos para iniciar una nueva expansión de sus atávicas ideas. Nosotros disponemos de alimentos en abundancia y Austranda de una gran industria y mano de obra, además de elementos humanos para formar un ejército. Sea el camino que tome la *Walhalla*, si no es destruido al llegar al Sistema Solar, querida, se producirán problemas.
Sonó el timbre de la puerta. Allen apartó a su esposa y ambos se miraron. Era más de medianoche. La aldea dormía, al menos aparentemente. Tal vez en aquellos momentos muchas personas estuviesen en vela, sumidas en profundas preocupaciones. Pero Allen no esperaba visita a aquella hora.
Se dirigió hacia la entrada y abrió la puerta. La luz de la calle daba en la espalda del visitante, quien penetró en el vestíbulo precipitadamente. Se cubría con una larga capa, que sólo cuando se la quitó descubrió su identidad.
—Erika —susurró Allen cerrando la puerta.
—Tenía que verle, Allen —soltó un bulto que había tenido oculto tras la capa. Se volvió cuando Tania entró—. Buenas noches, señora Hogan. Le ruego que me disculpe.
—¿Cómo se encuentra aquí, Erika?
—Nadie me ha visto salir de la nave. No se preocupe.
—No pensaba en eso ahora. ¿Quiere decir que no viene cumpliendo una orden del almirante?
—Van Gruber está reunido con su estado mayor, con todos los oficiales de las SS —Erika sonrió amargamente—. Hace unas horas tuve una agria discusión con él. No pude aguantarme y le conté la verdad. Se volvió como loco, amigos. Creo que lo he empeorado todo. Sus peticiones de esta tarde son minucias con lo que pretende hacer.

—¿Qué quiere ahora el almirante?
—No lo sé exactamente. Me arrestó en mi camarote y aseguró que mañana nombraría otro jefe para las tropas de choque. Ahora está reunido con los oficiales de su confianza, elaborando planes. Aunque parezca no reconocerlo, me figuro que en realidad admite los hechos, pero no se resigna a vivir en un mundo distinto al que conoció. También piensan igual los demás oficiales de la SS.
—Quieren levantar un escenario que les recuerde el Tercer Reich, ¿verdad?
—Más o menos.
—¿Y qué podemos hacer? Usted ya conoce sus primeras pretensiones. Somos unos miles de ciudadanos desarmados, que no conocemos métodos de lucha.
—Tengo un plan, Allen. Necesito un técnico en ordenadores.
Erika se sorprendió cuando Allen miró a Tania. Ella dijo orgullosa:
—Yo soy experta en ordenadores. ¿Qué desea?
—No tenía intención de inmiscuirla en este asunto, Tania.
Pero no disponemos de tiempo. Quiero llevarles a la nave. Esta misma noche.
—Supongo que sabe lo que hace —dijo Allen—. Pero preferiría que Tania se quede aquí.
—No seas machista, cariño. La colonia se enfrenta a un grave peligro y todos debemos luchar estrechamente.
Allen abrió los brazos y los dejó caer pesadamente.
—Está bien —miró a Erika—. Supongo que sabrá cómo entrar en la nave sin ser vistos.
—Una entrada está vigilada por soldados a mis órdenes.
Les he puesto al corriente y están dispuestos a correr riesgos.
El hombre recogió su chaqueta. Sonrió de soslayo a Erika.
—Vaya, al parecer no todo el mundo está contento con el régimen de su partido, Erika. Existen muchos disidentes, ¿no?
La aludida apretó los labios.
—¿Para qué mentir ahora? Los sucesores de Hitler fueron peor que él. Hemos dejado atrás un Sistema Solar sumido en el terror, Allen. Pero ahora no perdamos más minutos y aprovechemos la oscuridad de la noche.

* * *

Mientras caminaban sigilosamente por los desiertos corredores sumidos en la penumbra, Allen recordó el leve contacto que tuvo con los soldados que montaban guardia en la esclusa que usaron para entrar en la nave.
Eran muchachos jóvenes, de miradas limpias. Los había de varias etnias terrestres. Incluso uno muy moreno. En el Universo del que

procedían el furor del idealismo nazi se había dirigido hacia la raza extraterrestre llamada tlardo. Vestían uniformes verde oliva y no poseían las prestancias fanatizadas de los que llevaban orgullosamente sus atuendos negros con rutilantes emblemas y brazaletes con esvásticas.
El pelotón de guardia estaba al mando de un sargento femenino, que susurró a Erika.
—Señora, sólo tienen cincuenta minutos. Entonces seremos relevados y sus amigos no podrán salir. Estarán de las SS. ¿Entiende?
Erika había asentido y corrieron hacia el interior.
Todavía Allen se estaba preguntando hacia dónde se dirigían. Cuando intentó preguntarle algo a Erika, ella le respondió con un gesto pidiendo silencio.
Después de subir varios niveles por medio de un ascensor, explicó a Allen:
—Estamos cerca del módulo de mantenimiento.
Al fondo del pasillo había una puerta de acero. Unos signos formados por triángulos campeaban sobre ella. Erika sacó de su bolsillo un cilindro delgado. De un extremo surgió una potente luz, que proyectó sobre media docena de pequeños agujeros formando un círculo y rodeando a su vez un cuadrado de cristal opaco.
Erika apoyó su pulgar sobre el cuadrado y la puerta se deslizó silenciosamente hacia un lado. Se volvió hacia sus acompañantes y les dijo:
—Aún conservo esta llave. Seguramente mañana el almirante piensa pedirme que se la devuelva; he perdido su confianza.
Entraron en una sala con las paredes llenas de computadoras. Una luz suave y rosada lo envolvía todo con un tinte fantasmagórico.
—¿Para qué sirve esto? —susurró Tania.
—Controla los impulsos vitales de diez mil soldados hibernados —replicó Erika—. Suena una alarma cuando alguien padece una anomalía. Además, las SS periódicamente les suministran hipnóticamente eslóganes y directrices del partido. En realidad no les dejan en paz ni durante su prolongado sueño.
—No la creeré si me dice que sólo ahora está en contra de esas ideas, Erika —dijo suavemente Allen.
—Nunca he estado de acuerdo, pero el sistema me impedía expresarme con libertad. ¿Adónde podía ir que no encontrase la vigilancia de la Gestapo y el control de las SS? No al menos en mi Universo.
—Entiendo —asintió Allen—. Ahora está en otra dimensión donde el partido es un viejo y nebuloso recuerdo y piensa que puede refugiarse en algún sitio, con margen de seguridad.
—Exacto. Desde que entré en sospechas que el vórtice nos había

lanzado a una dimensión paralela a la nuestra, comencé a planear esto.
—¿A qué se refiere?
Erika señaló un papel. Se dirigieron hacia él y dijo mirando a Tania:
—Ahí al lado tiene un programador —dijo—. Reproduzca este texto —le entregó un papel con escritura en alemán—. La tarjeta que obtenga debe insertarla para que durante horas mis hombres conozcan la verdad de lo que está sucediendo.
Allen y Tania miraron el papel. No sabían leer alemán.
Su esposa le miró ansiosamente, pidiendo consejo. Allen asintió. ¿Qué otra cosa podían hacer sino confiar en Erika?
—Puedo elaborar la tarjeta. Pero ¿dónde insertarla?
—Esa es su tarea como experta en ordenadores. Tania miró los paneles, confundida.
—Pero... Estos son diferentes a los que conozco...
—No demasiado. Confío que pueda hacer su trabajo —miró su reloj y dijo—: Debe darse prisa. Apenas nos quedan treinta minutos. Más tarde no podrán salir de la nave porque en la esclusa estarán los de las SS.
Mientras Tania comenzó a manipular en el programador, Allen preguntó a Erika:
—¿Es que usted no piensa acompañamos?
—Pienso hacerlo después que ustedes. Tengo una compañía de mis tropas despierta, que no pienso abandonarlas.
Allen miró inquietamente la sala.
—El almirante sabrá en seguida que alguien ha estado aquí y sus sospechas caerán sobre usted, Erika.
—¿Dónde podría ir?
—Aún no nos han requisado los aerocars. Encontrará uno a medio kilómetro del pueblo, al oeste. Yo lo llevaré.
—¿Y luego?
—En el este existen unos montes muy escarpados, a unos doscientos kilómetros. Ellos pensarán que ha ido más lejos. Usted podrá encontrar fácilmente una aguja de cien metros de alta. Gire a la derecha y descienda en un pequeño cañón de color anaranjado.
—Conoce bien el planeta —sonrió Erika.
—Dele las gracias si quiere al viejo Morty. Me llevó un día a visitar ese paraje, que a él le sobrecogió. Al parecer estuvo una vez en la Tierra y vio el Gran Cañón del Colorado. Dijo que el de Zhede era un hermano gemelo en miniatura.
Erika le estrechó las manos.
—Le haré caso, amigo. Pero sólo en última instancia. No puedo dejar a mis soldados aquí.
—A ellos no les pasará nada. Por favor, Erika...

La mujer no le respondió. Se volvió para mirar con impaciencia a Tania, que seguía operando en el programador.
—Venga conmigo. Tendremos tiempo para enseñarle algo. Susurró a Tania que volverían en unos minutos y arrastró a Allen fuera de la sala. Dejaron semiabierta la puerta de acero y entraron en un ascensor. Sólo subieron hasta el piso siguiente. Allí las luces tenues de los pasillos eran celestes, casi grises. Penetraron en una sala. Allen notó que allí hacía frío.
Se acercaron a un ventanal, ligeramente empañado. Erika limpió un trozo con la mano. Con un gesto pidió a Allen que mirase por él.
El hombre la obedeció y cuando acercó el rostro al frío cristal, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar. Al otro lado había docenas de literas, en grupos de seis. En cada una de ellas había un zhedita, hombres, mujeres y niños. Sus cuerpos desnudos brillaban en la frialdad de una iluminación mortecina.
—¿Capturaron tlardos en su incursión? —preguntó, aún asiéndose a una esperanza que veía muy lejana.
—Son nativos de Zhede.
Allen asintió y estranguladamente dijo:
—Los aldeanos. Morty descubrió dos aldeas desiertas. Y El-Dar-Karre lo sabía, pese a la gran distancia en que estaban. ¿Por qué?
—El almirante nunca creyó la versión de ustedes de que los nativos de aquí son humanoides sin inteligencia. Los SS capturaron a todos los aldeanos mediante gases narcotizantes. Los médicos diseccionaron a varios y otros los sometieron a electroencefalogramas. Son inteligentes, Allen. Más, tal vez, de lo que ustedes piensan.
—Pero esto es un asesinato —dijo Allen bajando la cabeza y apoyándose contra el cristal, como si quisiera romperlo.
—El almirante no opina igual. Si parte de su enloquecida mente admite que está en un universo paralelo en el que no existe su glorioso Reich, la presencia de estos tlardos o zheditas le abre una esperanza para seguir adelante con su cruzada de exterminio contra la raza calificada como enemiga mortal de la humanidad. Le sobran motivos para aferrarse a su mundo particular.
—¡Pero no todo el mundo a bordo puede pensar lo mismo! —estalló Allen, volviéndole la espalda al horror existente al otro lado del cristal.
—Precisamente por eso quiero que los soldados y oficiales dormidos sepan la verdad antes que el almirante les despierte para lanzarlos a la matanza.
Allen se volvió para mirarla incrédulo.
—¿Una rebelión?
—¿Quién puede asegurarlo? En el ejército confío en que existan personas sensatas, pero entre las SS esa posibilidad está totalmente

descartada. Vámonos, Allen. Estamos apurando los últimos minutos.
Se dirigieron hacia la salida cuando la puerta se abrió y un hombre uniformado en tétrico negro quedóse plantado en el dintel. Su sorpresa no fue menor que la de la pareja.
Allen estaba un poco escorado hacia la derecha, casi al lado del recién llegado. Erika ya bajaba su mano hacia la pistola, pero Allen no la dejó desenfundar. Rápidamente asió al hombre por el cuello con un brazo y con la otra mano intentó golpearle en el vientre.
El SS se reveló, zafándose de la presa de Allen. Retrocedió un par de pasos. Estaba aún confundido por la agresión, la cual le parecía imposible a bordo de la nave. Allen aprovechó la pérdida de segundos de su contrario y le propinó un puntapié en la entrepierna. Cuando el otro se doblaba, gimiendo, un gancho en el mentón lo lanzó contra la pared.
—Tome el arma —dijo Erika, agachándose para asegurarse que el SS estaba inconsciente al menos. Posiblemente, muerto por el golpe recibido en la cabeza al caer. Le tendió a Allen un láser grande y pesado—. No dude en disparar si alguien se le antepone en la huida.
Erika explicó a Hogan cómo se disparaba aquella arma.
Luego salieron del depósito de cadáveres y se dirigieron casi corriendo hacia la sala de ordenadores.
De repente quedaron como clavados en el reluciente suelo del pasillo. Las luces se habían vuelto blancas e intensas.
—¿Qué significa esto?
—No lo sé. Es posible que nos hayan descubierto y están rodeando el nivel. Debe tratarse de una alarma parcial porque están sorprendidos y no desean conmover toda la nave. Pero lo harán pronto.
—No he visto a nadie.
—Creo que ha sido en la morgue, Allen. El calor de nuestros cuerpos activó el detector. Por eso acudió el SS, a investigar personalmente. Cuando en el cuerpo de guardia vean que no regresa, darán una batida por estos niveles. Debemos llevamos a Tania cuanto antes.
Apenas doblaron una esquina cuando escucharon pasos a sus espaldas.
Cinco hombres vestidos de negro se dirigían hacia ellos.
Apenas les vieron, echaron a correr.
Allen empujó a Erika al tiempo que levantaba el arma.
—¡Corra a avisar a Tania y sáquela de aquí antes que sea tarde!
Vio a Erika que titubeaba, pero al notar la decisión irrefutable en Allen, la mujer echó a correr hacia la sala de computadores.
Allen echó pie a tierra y adelantó el láser. Al descubrir su actitud, los hombres frenaron en su carrera, aprestando sus armas.
Entonces Allen disparó. Aunque conocía láseres, aquél era demasiado potente y la primera descarga no alcanzó ningún cuerpo. Pero al

volver a disparar, dos SS brincaron y se derrumbaron como peleles. Los otros tres se dispersaron y dispararon contra Allen.
El colono notó el calor mortal pasar cerca de su cuerpo.
Un dardo de fuego estalló en el suelo apenas a veinte centímetros de su rodilla. El metal hirvió y mostró un surco.
Volvió a disparar, manteniendo apretado el gatillo unos segundos. Trazó un arco de fuego que cubría todo el ancho del pasillo. Un hombre cayó partido en dos, una corpulenta mujer perdió el brazo derecho y huyó gritando y otra figura fue decapitada.
Allen vio como la herida se perdía de su vista al dar la vuelta a la esquina. Se mordió los labios. No había podido evitar que la alarma total fuera a estallar en unos instantes. Los terroríficos gritos de dolor de la que huía serían capaces para despertar toda nave.
Corrió hacia la sala de computadores. La encontró cerrada y aquello le confundió. Agitó la cabeza para aclarar sus ideas. Era lo lógico. Erika había sacado de allí a Tania y la puerta de acero había sido devuelta a su lugar. Trató de recordar el camino de regreso. Con un poco de suerte aún podría salir de la nave. Las dos mujeres ya debían estar fuera, al menos era lo que deseaba que hubiera sucedido.
Súbitamente estalló en todos los niveles el aullido estremecedor de la sirena. Allen se detuvo. Un pelotón de soldados estaba saliendo de un ascensor. En seguida le vieron. Alguien le gritó ordenándole que se detuviera. Si no le habían disparado ya debió ser a causa de la distancia, que les impedía saber quién era el hombre solitario.
Se volvió y de nuevo corrió por el pasillo donde había luchado hacía poco. Cerró los ojos al saltar sobre los cuerpos ensangrentados. Una cabina estaba abierta y se metió en ella sin pensarlo. Pulsó un botón y el ascensor silbó hacia arriba.
Allen masculló. Se había equivocado. ¡Tenía que bajar, no subir! Golpeó los botones y la cabina se detuvo, se corrieron las puertas y se lanzó al exterior como un loco. Sólo cuando varias manos le agarraron y sintió que el láser le era arrebatado, comprendió que estaba perdido. Recibió golpes y empujones, sintió que sus manos eran sujetas por unos grilletes de acero y casi se desvaneció cuando la culata de un rifle le golpeó en el cuello.

CAPÍTULO VII

Estaban descendiendo por la rampa de salida cuando la sirena aulló a sus espaldas. Tania se detuvo y se volvía para regresar cuando la mano firme de Erika la contuvo.
—No sea loca —gritó. Hacia ellas acudían los soldados de guardia.
La sargento miró interrogadoramente a Erika.
—Lo siento; hemos sido descubiertos y tenemos que huir, sargento.

—¡No puede obligarme a dejar ahí dentro a Allen! —gritó Tania.
—Su esposo aún puede salvarme, pero le juro que si entramos ninguno de nosotros pasará del primer nivel. En caso de alarma esos corredores se cierran herméticamente.
—¿Pudieron conseguirlo? —preguntó la sargento preocupada.
Erika asintió.
—Sí. Tania está segura de ello.
—Entonces huyan. Nosotros nos quedaremos para protegerles la huida.
Tania seguía debatiéndose en su afán de volver a subir por la rampa. Erika la miró duramente.
—Estos soldados están dispuestos a sacrificarse, Tania. Me disgusta que lo hagan, pero lo que no puedo consentir es que sea inútil su acción. Lo hacen para que estemos a salvo y organicemos la resistencia. ¡Hay que avisar a los colonos para que se pongan a salvo!
Tania agachó la cabeza y se dejó conducir hasta el exterior por la mujer. Erika susurró unas órdenes a la sargento y demás soldados, quienes asintieron. Luego echaron a correr, alejándose de la nave.
La noche era cerrada y las arañas volaban muy lejos del perímetro. Cuando las dos mujeres se hubieron alejado unos doscientos metros del *Walhalla* estallaron los primeros disparos cerca de la salida. El pelotón estaba impidiendo la salida de tropas de las SS. Pero había otras dos salidas, aunque más alejadas. Tarde o temprano, el almirante enviaría fuertes contingentes a la aldea en busca de los fugitivos.
Aún estaba lejos la aldea cuando una sombra surgió delante de las dos mujeres. Erika sacó su láser y alzó el seguro, pero Tania le hizo bajar el arma de un manotazo.
—Es un zhedita —dijo—. Cuando avanzó dos pasos y pudo verle el rostro bajo la tenue luz de las estrellas, añadió—: El-Dar-Karre.
—Sí, soy yo. Vamos, tenemos que alejamos de aquí. Las mujeres siguieron al nativo. No se sorprendieron cuando éste tomó una dirección distante a la de la aldea. Llegaron a un pequeño bosque. Detrás de los primeros árboles vieron brillar tenuemente un aerocar. Tania se quedó inmóvil cuando el líder zhedita les mostró la cabina abierta, invitándolas a subir.
—¿Cómo sabía que lo íbamos a necesitar?
—Iba a vuestra casa, Tania, cuando os vi salir en compañía de la *truppfuhrer*. Un hermano trajo el aerocar de vuestro garaje cuando se lo pedí. Lamento que Allen no haya podido salir de la nave.
Erika saltó al interior, pero Tania se resistía a hacerlo.
Seguía al lado del nativo. Le preguntó:
—¿Cómo sabe que Allen no ha podido huir?
—No se preocupe por él; está bien. Vive. Y eso, por el momento, es lo

más importante.
—¡Pero el almirante le matará! Querrá saber lo que estaba haciendo a bordo. ¡Le torturará!
—No lo hará inmediatamente. Aún pueden suceder muchas cosas. ¿Por qué pierden el tiempo? Allen le dijo a Erika donde podían ocultarse. Es un buen escondite. Yo se lo sugerí.
—¿Que usted le sugirió a Allen un escondite? ¿Cuándo?
Erika intervino desde el interior de la cabina:
—Allen me lo dijo cuando usted estaba haciendo la programación, Tania. Me dijo que me refugiase en los montes donde existe una aguja de unos cien metros de alta.
—Sí, la aguja de piedra de los montes del este. Allí estarán seguras. Allen visitó esos parajes una vez con Morty.
—Pero...
El-Dar-Karre casi empujó a Tania a entrar en el aerocar, pero con suavidad. Luego ayudó a Erika a correr el plástico rígido de la cabina. Se apartó del vehículo cuando se encendieron los motores.
Unos segundos después, cuando el aerocar volaba en dirección este, El-Dar-Karre sonrió y empezó a caminar hacia la aldea. Allí las luces de las casas se iban apagando lentamente, unas detrás de otras. Multitud de sombras empezaron a elevarse en el oscuro cielo, zumbaron los reactores y cuando el nativo alcanzó las primeras casas, el silencio en la aldea era sepulcral.
Apenas unas pequeñas figuras se movían de un lado para otro de las sombrías calles. Una de ellas se acercó a El-Dar-Karre y le dijo:
—Hermano, todos han partido.
—¿Estás seguro que no queda nadie?
—Sólo uno, en realidad.
—¿Cómo es posible que no hayáis podido obligarle?
—Es un viejo terco, hermano.
El-Dar-Karre emitió una sonrisa burlona.
—Sé quién es. ¿Dónde está?
—En su casa. Afirma que no se marchará hasta que usted no vaya a verle.
El líder zhedita saludó al informador con un movimiento de cabeza y caminó a lo largo de la calle principal. Al llegar a la plaza donde estaba enclavado el edificio del consejo torció hacia la derecha. En aquella calle había varias casas, casi todas de una sola planta. Pertenecían a los primeros colonos, que llegaron a Zhede hacía cuarenta años y se resistían a abandonar los hogares que le levantaron duramente los primeros días de la colonización.
Se volvió delante de una casa y empujó la puerta. Dentro del cuarto principal brillaba la luz de una lámpara. Sentado junto a una mesa, con un vaso medio vacío y una botella de dulce vino local, un hombre

dijo:
—Hola, El-Dar-Karre. ¿Un poco de vino?
—Sabes que no bebo, Morty Zbar. ¿Qué impulso te convierte en un hombre testarudo? Incluso el regidor, así como todos los miembros humanos del consejo, han escuchado nuestros consejos y los han acatado.
—Tú y yo nos conocemos desde hace mucho, desde el primer día que llegamos y pedimos permiso para instalamos aquí. Me creo con derecho a unas explicaciones.
—¿De veras? —el líder, sin abandonar su sonrisa burlona, se sentó frente al viejo, al otro lado de la mesa, colocando sobre ella sus brazos—. Estás muy seguro, Morty.
—Vamos, astuto zorro —bramó Morty—. Mientras toda la aldea estaba asustada, tú y los tuyos no habéis dado ninguna muestra de nerviosismo, como si todo lo que está sucediendo no os concerniera.
—Te equivocas. Nos tomamos muy en serio la situación.
—Dime adónde han ido todos.
—A un lugar seguro, que tú conoces.
—Me das miedo, El-Dar-Karre.
—Nada más lejos de mi intención. Cuando llegasteis y supe que vuestras intenciones eran pacíficas, os dije que siempre tendríais la ayuda de mi pueblo. Hora es, por tanto, de que tal afirmación sea demostrada.
—Me he preguntado muchas veces si en lugar de formar una expedición de agricultores hubiera llegado otra con aviesas intenciones. Por ejemplo, con el deseo de aniquilaros y exponer a la Liga el hecho de que este mundo estaba habituado por seres salvajes a los que se debía aniquilar.
El-Dar-Karre cruzó los dedos y miró fijamente a Morty cuando dijo:
—¿Qué te hace pensar que esta ha sido la primera vez que nos hemos encontrado con seres humanos, Morty?

* * *

Cuando Allen recobró el conocimiento se encontró en la lujosa sala del almirante. Vio a Von Gruber lejos de él, dialogar con un oficial, tal vez un coronél. Detrás de ellos estaba el teniente Gorsler.
La mirada de Von Gruber se encontró con la suya y en su granítico rostro se dibujó dificultosamente una sonrisa.
—Ah, nuestro amigo Hogan se ha despertado —dijo avanzando hacia donde estaba el prisionero, sujeto a un sillón labrado por las esposas de acero.
—¿Cómo se encuentra? —preguntó el acompañante del almirante. Su impecable uniforme rojo vestía un cuerpo alto y delgado, de movimientos felinos. Sostenía en su mano derecha una gorra en la

que destacaba una calavera.
Allen tragó saliva. Tenia la garganta irritada y le dolía el cuello.
—Responda al coronel Hoffman, Hogan —dijo el almirante—. A partir de ahora le verá muy a menudo.
—Efectivamente —asintió el coronel—. Voy a ocuparme de usted. Nos dirá lo que necesitamos para saber lo que ha sucedido a bordo. Obviamente, sabemos que la traidora Van Lanstrung le introdujo, pero necesitamos la identidad del otro colono que les acompañó. Y también, por supuesto, lo que estuvieron haciendo.
—Puedo decirles que vimos esas docenas de zheditas muertos, asesinados —bramó Allen.
—No confunda los términos, Hogan —dijo Hoffman con desagrado—. Eran tlardos y fueron eliminados por ser enemigos de la raza humana, de nuestro Reich y del sublime destino al que nos conduce el *fuhrer*.
—Ustedes no pueden referirse a la humanidad a la que yo pertenezco. Pero ¿es que son tan cretinos que aún no se han dado cuenta que en esta dimensión sólo son fantasmas que representan una versión de la historia que mis antepasados tuvieron la suerte de no vivir? .
El almirante estalló en imprecaciones. Hizo intención de abalanzarse contra Hogan, pero cortésmente el coronel le contuvo. Le susurró unas palabras al oído y consiguió calmarle.
Von Gruber se marchó del despacho, gruñendo entre dientes. Salió dando un sonoro portazo y gritando algo en alemán, al parecer órdenes a Hoffman.
—Ya ve que ha enfadado a nuestro almirante —dijo Hoffman, evidentemente mostrando una contrariedad excesiva y teatral—. ¿Tengo que recordarle que su situación es muy mala para que la cordura vuelva a usted?
—No tiene que decirme que estoy en sus manos.
—Sus amigos se enfadarán con usted, Hogan.
Allen enarcó las cejas, preguntándose qué quería decir aquel tipo.
—Sólo dos personas han actuado en contra de nosotros, Allen. Descartando, desde luego, a Von Lanstrung. ¿Ante qué público pretende ser un héroe? Aún está a tiempo de colaborar con nosotros. Incluso podríamos decirles a sus conciudadanos que usted nunca pensó traicionamos.
—No entiendo nada...
—Está muy claro. Cuando usted y su acompañante, cuya identidad no tardaremos en averiguar, se introdujeron a bordo ayudados por Van Lanstrung, posiblemente el consejo al que usted pertenece, ya había decidido la respuesta a las demandas de nuestro almirante.
—Está peor de loco que el almirante, coronel —rió nerviosamente Allen.
El rostro de Hoffman se contrajo. Recuperó pronto su equilibrio

emocional y dijo:
—Lleva día y medio inconsciente, Allen. Debí pensar que usted no está al tanto de lo sucedido en este tiempo.
—¿Qué ha sucedido?
—El consejo ha admitido todas las disposiciones del almirante y los humanos de Zhede prestarán su total colaboración al Tercer Reich. Por lo tanto, el consejo ha dejado de existir y ahora rige la colonia el *Gauleiter* Sowars, que ha prestado juramento de fidelidad hace apenas unas horas.

* * *

En la soledad de su celda, Allen trató de poner en orden las ideas que bullían en su atormentada mente.
El coronel Hoffman dio por finalizada su entrevista con él asegurándole que tenía unas horas para pensar en la conveniencia de colaborar con los nuevos amos de Zhede. En caso contrario le someterían a ciertos tratamientos dolorosos en última instancia, si de alguna manera su mente resistía una sesión a base de escopolamina.
La celda medía dos metros por dos y sólo con tenía un camastro en el cual estaba sentado Allen. Le habían quitado las esposas y se restregaba las muñecas para reactivar la circulación de la sangre.
Al cabo terminó sonriendo. Se dijo que el coronel había intentado confundirle para que hablase. ¿Cómo podía creer que la población humana de Zhede iba a someterse tan fácilmente al dominio de los invasores? No podía creerlo de ninguna manera. Aunque la colonia no tenía medios para oponerse a los designios del almirante, era inconcebible pensar que ésta fuera a colaborar plenamente.
Aún le dolía ligeramente la cabeza y se tumbó, buscando alivio en un reparador sueño.
Le despertaron un tiempo difícil de calcular más tarde.
Eran dos fornidos soldados de las SS. Uno le empujó con su rifle, diciendo:
—Vamos, levántate.
No le pusieron las esposas y le condujeron al exterior de la nave. Al pie de la rampa, precisamente la misma por la que Erika le llevó al interior, esperaba un vehículo. Precisamente, un coche de la colonia. ¡Conducido por un colono, que aunque no le conocía personalmente, sabía que trabajaba en los silos de grano!
Los soldados le empujaron al interior y se sentaron uno a cada lado. A continuación subió el teniente Gorsler, quien después de sonreír a Allen, le dijo:
—Le espera una sorpresa, Hogan —tocó en el hombro del conductor, que puso el vehículo en marcha en dirección a la ciudad.
—Procediendo de usted no puede ser agradable —masculló Allen.

Atisbó a su alrededor. Cerca de la gran nave había gran actividad. Vehículos de los invasores y otros muchos procedentes de la colonia habían formado un camino que unía la ciudad con el campamento nazi.
— Tiene un aspecto deprimente, Hogan. No va a causar buena impresión.
—¿A quién tengo que causar buena impresión?
—Al tribunal que va a juzgarle por el delito de alta traición.
Y Gorsler estalló en carcajadas. Los soldados también rieron, pero lo que dejó consternado a Allen fue que el conductor también mostró su hilaridad.
Cuando llegaron a la ciudad, Allen recibió una fuerte impresión.
La encontró llena de vida, gentes que paseaban de un lado a otro, los niños jugando en las plazas y grupos confraternizando con soldados de las SS, técnicos y especialistas del *Walhalla*.
El vehículo se detuvo delante del edificio del consejo y Gorsler dijo:
—Hemos llegado. El almirante había prometido asistir a su juicio, Hogan; pero creo que estará muy ocupado esta mañana sobrevolando los núcleos de tlardos con el coronel Hoffman. ¡Se está preparando una gran operación que será un magnífico entrenamiento para nuestras tropas!
Los soldados le empujaron violentamente para hacerle bajar. Allen parpadeó. Cerca de la entrada se había congregado un grupo de personas. Reconoció a varias de ellas y tembló al notar sus expresiones de repulsa hacia su persona. Otros soldados salieron del interior del edificio y formaron un pasillo. Cuando Allen pasó por él, escuchó algunos insultos. Una mujer gritó y otra le arrojó una piedra. Se volvió para mirarla, estremeciéndose al identificarla como Amanda, una amiga íntima de Tania. Detrás de ella estaba su esposo.
Recordó haber asistido con él muchas veces al gimnasio. También el hombre gritó algo que no entendió.
Como un sonámbulo, Allen penetró en el vestíbulo. Otro montón de personas se agolpaban en la entrada de la sala del consejo, pugnando por entrar. Los soldados las apartaron violentamente y le protegieron hasta el interior, obligándole a ponerse de pie delante de la larga mesa que conocía perfectamente y que varias veces, durante las sesiones del consejo, le había tocado presidir al lado del regidor Sowars.
Al alzar la mirada, vio a Sowars sentado detrás de la mesa. En su brazo izquierdo lucía un brazalete rojo con un círculo blanco que encerraba una esvástica negra. Le miró imperturbable. Cuatro hombres más le acompañaban. Eran miembros del consejo, si es que el consejo seguía existiendo, se dijo. Lo cual lo dudaba mucho ante la vista de aquel escenario montado para juzgarle.

Tuvo que, repetirse varias veces, que era a él a quien iban a juzgar aquellos hombres que apenas dos días antes eran sus amigos y compañeros, que estaban de acuerdo cuando alegó que debían hacer todo lo posible para proteger a los nativos y ganar tiempo para que las autoridades de la Liga pudieran intervenir.
Se acordó de los zheditas. ¿Dónde se habían metido? No había visto ninguno en la ciudad ni en los campos cercanos por los que pasaron en el vehículo. Habían desaparecido y Gorsler le había dicho que los estaban buscando desde el aire.
Como un brutal estampido en sus oídos, el griterío existente en la sala le llegó repentinamente. Vio que Sowars golpeaba la mesa con un mazo, demandando silencio. Amenazó varias veces con desalojarla si el público no se comportaba debidamente.
Cuando se consiguió que los espectadores callasen, Sowars dijo con rapidez, como si deseaba acabar con todo aquello cuanto antes:
—La colonia de Zhede, en nombre del Tercer Reich, contra Allen Hogan, acusado de alta traición. El fiscal tiene la palabra.
Allen se volvió en busca del fiscal. Alguien se levantó a su derecha y ahogó un grito de exclamación. El fiscal era Morty Zbar, quien después de saludar al tribunal, dijo mirando fijamente a Allen:
—Son cargos graves. El acusado subió a bordo de la nave Walhalla ayudado por la ex *truppfuhrer* Erika Von Lanstrung con ánimo evidente de cometer sabotajes. Afortunadamente no tuvo ocasión alguna y fue detenido cuando protegía la huida de sus compañeros...
Gorsler estaba sentado detrás de Allen y, acercándose a él, le dijo al oído:
—Me olvidé decirle que ya sabemos la identidad del otro miembro de la colonia que le acompañó. Pero confiamos en atrapar a su esposa y a la traidora Erika en breve.
Allen cerró los ojos. Al menos Tania estaba a salvo, en compañía de Erika. Pero ¿por cuánto tiempo? Precisamente él les había aconsejado que se refugiasen cerca de la Aguja de Piedra, lugar que conocía perfectamente Morty. ¿Qué papel estaba representando el viejo? ¿Llegaría a adivinar dónde estaba escondida su sobrina y llegaría al extremo de denunciarla a sus nuevos amos?
Morty estaba diciendo con voz cada vez más enfurecida mientras señalaba con dedo acusador a Allen:
—...Inocentemente, su esposa le acompañó. Estoy seguro que Tania Zbar no pretendía realizar ningún sabotaje en la nave. Por lo cual, solicito del tribunal que la acusación en rebeldía contra Tania Zbar sea retirada. Seguramente ella está ahora prisionera de la traidora Erika Von Lanstrung. Confío que nuestras tropas pueden hallarlas pronto y sea la propia Von Lanstrung la que termine de aclarar los puntos oscuros que existen en este suceso. Pero ahora tenemos que

ocupamos de Allen Hogan, para quien pido la máxima pena. Es decir, la pena de muerte, sin ninguna clase de atenuante a la vista de los cargos que pesan sobre él.
Allen no había podido escuchar parte del discurso de Morty. Su mente estaba ofuscada. Todo le parecía irreal, como un sueño. Pero la mirada furibunda de Morty hacia él, mientras se retiraba a su sitio a la derecha del tribunal, no era producto de una pesadilla.
El presidente del tribunal golpeó dos veces con el mazo y gritó para hacerse oír en medio de los murmullos aprobadores de la sala:
—Supondría una pérdida de tiempo dilatar más este juicio cuando toda la colonia tiene ante sí una enormidad de tareas que realizar para los gloriosos hombres que nos honran con su visita, gracias a los cuales este mundo se verá liberado de la presencia de los malditos nativos, que nosotros creímos eran amigos y sólo son sucias bestias que esperaban el momento de aniquilamos, como así nos lo han demostrado los amigos que amistosamente recibimos.
Estalló un prolongado aplauso detrás de las palabras de Sowars, quien sonriente, infinitamente complacido, añadió:
—Por lo tanto, el acusado debe ponerse de pie y escuchar la sentencia...
—¡Un momento! —gritó Allen levantándose de un salto. Sowars le miró despectivamente.
—¿Es que el acusado insiste en molestamos intentando una defensa de antemano perdida para el?
—¡No! Sé que estoy condenado desde mucho antes de entrar en esta sala que siempre he conocido como un lugar de amistad y concordia entre dos razas amigas. ¿Dónde están los zheditas que formaban con los humanos el consejo? ¿Qué pasa aquí? ¡Estáis todos locos!
A una indicación del presidente del tribunal, los dos soldados que flanqueaban a Allen le sujetaron. Uno de ellos le golpeó en el estómago y el otro lo hizo en la boca.
Allen escupió sangre, pero volvió a gritar:
—¡Esto no puede ser cierto! No concibo que vosotros, mis amigos, estéis de parte de este montón de asesinos. Incluso en la nave invasora hay miles de personas que no están de acuerdo con sus métodos, como no lo estuvieron millones de seres en nuestro pasado cuando los combatieron y vencieron. ¡Ellos proceden de otro universo, de otra dimensión en donde siguen matando y asesinando en nombre de ideales inhumanos! Vosotros...
Acudieron más soldados, que volvieron a golpear a Allen.
Dejó de sentir los golpes y comenzó a desmayarse. Apenas escuchó la voz agria de Sowars que decía:
—Por lo tanto, el acusado será ajusticiado antes de veinticuatro horas, según las leyes del Tercer Reich. En ese tiempo, el grupo especial de

investigación de la Gestapo dispondrá de él a su libre dominio. Allen Hogan nos será devuelto, a la autoridad de la colonia de Zhede, para que ciudadanos de ésta sean quienes lleven a cabo la ejecución y...
Pero Allen no le escuchaba porque se había sumergido en la transitoria paz de la inconsciencia.
Así, asido por las axilas, fue sacado en medio de un brutal griterío hostil de la sala, introducido en el vehículo y conducido a una edificación gris situada en las afueras de la ciudad y custodiada fuertemente por un pelotón de soldados de las SS... y varios colonos armados, luciendo brazaletes nazis con orgullo.

* * *

Allen se llevó la mano a la cara. Notó la sangre seca debajo de la nariz y alrededor de la boca. Abrió los ojos y vio que tenía la camisa manchada de sangre. Le dolía todo el cuerpo. Notó que tenía la manga derecha subida, en cuyo antebrazo aparecían varios puntitos. Debieron haberle pinchado para reanimarle.
A través de una nube gris percibió la presencia de un hombre vestido con una bata blanca, que estaba recogiendo parte del instrumental de encima de una pequeña mesa. Detrás de él estaba el coronel Hoffman.
La puerta de la celda estaba entornada y al otro lado había un soldado de las SS.
El enfermero saludó al coronel y salió de la celda. Con amargura, Allen sabía que era su amigo Silberstone, ayudante del doctor Gómez. Ni siquiera le había dirigido una mirada.
Hoffman se adelantó y dijo, mientras pegaba golpecitos de fusta contra sus brillantes botas:
—Acabo de regresar de una interesante exploración con el almirante, Hogan. Hemos localizado un buen número de concentraciones tlardas que pronto recibirán otras visitas a cargo de nuestros reactores armados con misiles nucleares —rió alegremente—. Pronto no quedará en Zhede ningún animal tlardo y podremos partir.
—Cuando se dirijan a la Tierra se darán cuenta que no están en su tenebroso mundo y entonces serán destruidos. Por muy fuertes que se crean el poder de la Liga lo es más y...
—No se canse, Hogan. Aún está débil. Conserve sus fuerzas para contestar a mis preguntas. ¿Qué intentó hacer en la nave Van Lanstrung?
—¿Cree que voy a hablar? Me da igual. Dentro de unas horas me matarán...
—Sus propios amigos, Hogan. El teniente me contó cómo sucedió el juicio. Al parecer usted se resistía a creer en la realidad.
Allen evitó mirar al coronel. No estaba atado y las fuerzas estaban

volviendo a él rápidamente. A más velocidad, tal vez, de lo que podía presumir el coronel, quien debía suponerle demasiado débil. Al parecer sólo había un soldado. Y el coronel parecía confiado.

CAPÍTULO VIII

El coronel se inclinó sobre Allen y le susurró:
—Ha estado más de veinte horas inconsciente, Hogan. El enfermero ha tenido que trabajar mucho para devolverle parte de sus energías. Claro que es posible que haya sido porque nos hemos olvidado de darle de comer últimamente. ¿Sabe lo que quiero decir? Que dentro de poco llegarán sus viejos amigos para conducirle al paredón. ¿Qué opinará si le digo que han sobrado voluntarios para formar el piquete?
»Podríamos utilizar alguna droga para anular la poca voluntad que le queda, pero nos tememos que moriría en seguida. ¿Para qué morir por unos hombres que con gusto le van a matar? ¿Y sabe por qué? Están tan asustados que harían cualquier cosa por demostrar al almirante su fidelidad.
»Yo podría ayudarle si hablara, Hogan.
—¿A escapar? —preguntó, burlón, Allen.
—Es posible. Incluso a eso.
Allen cerró los ojos. ¿Qué le importaba a él la colonia?
No tenía ninguna seguridad de que el coronel cumpliera con lo prometido una vez que él hablase, pero tampoco nada que perder. Además, debía intentar vivir. Tania le necesitaba más que nunca. Debía sacarla del poco seguro refugio al que la había enviado.
—Me está haciendo perder la paciencia —bramó el coronel—. Hasta ahora he sido amable con usted. En unos minutos vendrán por usted para conducirle al paredón. Lamento no asistir a su ejecución, pero me espera un espectáculo más impresionante: asistir a unos fuegos nucleares en los cuales morirán millones de repugnantes tlardos.
Allen gritó al tiempo que se arrojó contra el coronel. Sus crispadas manos rodearon el cuello del militar, apretándolo con rabia. El soldado apostado en la puerta entró y alzó el rifle para golpear a Allen en la cabeza.
El prisionero se giró un poco y lanzó su pierna hacia la entrepierna del soldado. Lo hizo con todas sus fuerzas, como si fuera lo último que pudiera hacer.
El coronel intentó zafarse de sus manos. Allen vio que el rostro de Hoffman se congestionaba y volvía rojo. El jadeo aumentó, abrió la boca buscando un aire que no llegaba a sus pulmones.
Pero el soldado se levantó encogido. Con una mano intentó alzar el fusil y apuntarlo contra Allen.
Entonces le arrojó el cuerpo del coronel contra él en el momento justo

que apretaba el gatillo.
El coronel lanzó un ronquido cuando el dardo mortal le atravesó el tórax. Allen casi no pudo apartarse de la trayectoria imparable del láser, que produjo un profundo surco en la pared de granito.
Se echó contra el soldado que intentaba apartar el cuerpo del cadáver. Casi ciego, Allen le pateó la cabeza, hasta que dejó de moverse. Se detuvo unos instantes para recuperar la respiración normal. Echaba mano al rifle cuando escuchó que alguien entraba en la celda.
No dio crédito a lo que veían sus ojos.
El-Dar-Karre le miraba. Durante una fracción de segundo no pudo evitar en su expresión una sombra de repugnancia ante los dos cuerpos ensangrentados. Pero en seguida dirigió una sonrisa de ánimo a Allen.
—Vamos, muchacho. Salgamos de aquí. El pelotón de fusilamiento no debe encontrarte aquí cuando llegue. Cuantas más explicaciones nos ahorremos, mejor.
Allen parpadeó, sin entender nada. Si la presencia inesperada en la cárcel de la ciudad era algo sorprendente, sus palabras le sonaron sin sentido ninguno.
Agarrando con fuerza el rifle, jurándose que no volverían a cogerle vivo, Allen siguió a El-Dar-Karre.
El nativo le contuvo cuando se aproximaron a una puerta y llegó hasta ellos el murmullo de voces. Estaban cerca del cuerpo de guardia. Tenían que cruzarlo para alcanzar la calle. Allen amartilló el rifle.
El-Dar-Karre le obligó a bajarlo. Muy serio, mirándole con fijeza, le dijo:
—Júrame por tus dioses, por lo que quieras, que te pondrás a mi lado y ni siquiera mirarás a los hombres que están en esa habitación. Limítate a pasar junto a ellos sin decir nada. Podrías echarlo todo a perder.
El nativo no le dejó replicar. Le hizo un gesto para que echase a andar y él entró resueltamente en el cuerpo de guardia.
Muy pálido, temblando ligeramente, Allen se pegó a los talones del zhedita. De soslayo observó cómo los soldados de las SS y colonos armados parecían confraternizar. Todos se levantaron cuando ellos entraron, pero no hubo gesto hostil ninguno. Se limitaron a cuadrarse y saludar militarmente.
Alcanzaron la calle y allí también pasaron delante de los dos centinelas, que presentaron armas y daban taconazos.
Apenas doblaron la primera esquina, Allen no pudo contenerse y preguntó:
—¿Qué demonios pasó? ¿Es que estaban ciegos esos hombres?
El-Dar-Karre soltó una risa divertida.

—Algo parecido, amigo mío, algo parecido. Ven. Justo en la plaza tengo un aerocar.
Cuando entraron en la plaza se echaron a un lado para dejar paso a un camión que se dirigía hacia la cárcel.
—Ahí va el pelotón que tiene la misión de matarte, Allen —explicó el nativo mientras abría la cabina de un reluciente aerocar.
A Allen no le extrañó ya que el vehículo llevase pintadas esvásticas. Aún estaba fresca la pintura. Las personas que caminaban por la plaza parecían no prestarles la menor atención. Resopló y entró en la cabina, en donde El-Dar-Karre le había cedido el asiento del piloto.
—Por favor, conduce tú —dijo el nativo—. A mí siempre me han molestado estos vehículos.
—Dígame cuál es el destino —pidió Allen con voz ronca después de haberlo elevado —a más de doscientos metros sobre las casas.
—¿No te lo imaginas? —preguntó su compañero.
Sólo precisó Allen unos segundos para darse él mismo la respuesta.
—La Aguja de Roca.

* * *

Una hora más tarde, divisaron la Aguja de Roca, cuya cúspide sobresalía una docena de metros sobre los ásperos montes.
—Tiene que responderme a muchas preguntas, El-Dar-Karre —dijo Allen, vibrando la nave hacia su destino.
—Todo a su tiempo.
Le indicó que descendiese y Allen condujo el aerocar por un angosto desfiladero. Sólo había estado allí en una ocasión y entonces era Morty quien conducía el vehículo. No llegaron a detenerse, pero sobrevolaron la Aguja de Roca varias veces y observaron los pequeños valles rocosos, con sus minúsculos oasis centrales.
¡Morty Zbar! Rememoró el momento en que el viejo pedía su muerte. ¿Cómo había podido suceder? ¿Lo hacía con el exclusivo fin de salvar a su sobrina? De todas formas, la animosidad que palpó entre las gentes de la colonia era evidente.
Parecía como si todo el mundo se hubiese vuelto loco.
Claro que él también podía estarlo. Seguramente en su afán de alejarse de la muerte le había impedido percatarse de muchas cosas. Por ejemplo, de la forma tan ridículamente fácil cómo habían huido. Nadie les prestó atención. ¿En qué estarían pensando los soldados nazis y colonos armados que le custodiaban en la cárcel cuando pasaron delante de sus narices y ni siquiera se inmutaron?
—Baja, Allen —escuchó que le decía el nativo.
Divisó un claro, en un valle rodeado de montañas, de la que se alzaba hacia el cielo la Aguja.
Aterrizó suavemente, deslizando el aerocar por un prado, hasta

detenerlo cerca de las sombras de un bosque. Sólo cuando bajaron, Allen descubrió que entre los árboles había cientos de hermosas chozas, alzadas con maderas brillantes y pulidas.
—¿Dónde estamos? —preguntó Allen a El-Dar-Karre. Cuando sobrevolé eso con Morty no vi nada...
—Es imposible descubrirlo desde el cielo, Allen. Ven, sígueme.
Se adentraron en el bosque. Primeramente vio a muchos zheditas, que entraban y salían de las chozas. El suelo estaba cuidado y había macizos de flores por todas partes. Una conocida figura apareció detrás de una casa y apenas le vio corrió hacia él, con los brazos abiertos y gritando su nombre.
—¡Tania! —exclamó Allen saltando por encima de un cuidado jardín.
Estrechó a la mujer con fuerzas, casi ahogándola. La besó repetidas veces, mientras ella reía y le correspondía.
—Cariño, temía no volverte a ver más, pero El-Dar-Karre me prometió que te traería —dijo Tania.
Sintió que el nativo le daba unas palmaditas en la espalda, instándole a seguir hacia el interior de la sorprendente aldea. Vio a una mujer inclinada sobre un rosal, que al escuchar pasos se levantó. Casi no reconoció a Erika. Sin el uniforme y vistiendo una falda de colores vivos y una blusa holgada que marcaba su busto pequeño y altivo, parecía otra. Tenía las mejillas sonrosadas y sonrió al verle.
Allen la besó en la mejilla y Erika hizo lo mismo. Luego se estrecharon las manos.
—Gracias por cuidar de Tania —dijo Allen.
—Ella sabe cuidarse bien —rió Erika. Miró titubeante al recién llegado, como si estuviera preguntándose si podía cometer una incorrección—. Lo siento, Allen, pero debo saber si tú...
—¿Si he hablado respecto al programa insertado a los durmientes? No, creo que no. He estado varias veces inconsciente, pero dudo que ellos me sacaran algo sin yo saberlo. Hasta el último momento el coronel Hoffman intentó sonsacarme —se puso serio. Aunque no deseaba hablar de ellos, sabía que no tenía más remedio que tocar el tema, hacer saber a las dos mujeres lo que estaba sucediendo en la colonia—. Creo que lo maté, instantes antes que llegase el pelotón que debía fusilarme.
Se sorprendió al comprobar que ninguna de ellas se alteró lo más mínimo. Tania dijo amablemente:
—Debes olvidarlo todo, querido. Fue una pesadilla. Lo que has visto no tiene la menor importancia...
Iba a protestar vivamente cuando El-Dar-Karre llamó su atención. Le dijo gravemente:
—Voy a pedirte algo muy difícil, Allen. Es fundamental que no comentes con nadie lo que has visto en la aldea. Sólo con Morty Zbar

puedes hablar al respecto.
¡Qué! No puedo comprenderte en absoluto...
Estaba llegando gente. Alguien se destacó de ellos, dirigiéndose a paso ligero hacia Allen, con la mano tendida y alborozada sonrisa.
—¡Allen, muchacho! Ven a mis brazos.
Allen estaba con la boca abierta cuando Morty Zbar le apretó la mano con vigor. La gente que acudía, saliendo de todas partes de la aldea, mezclada con los nativos, le rodeaba. En sus rostros había alegría. Llegó Sowars, Amanda con uno de sus hijos en los brazos, su esposo. También estaba el enfermero, muchos de sus amigos.
Allí estaban todos los miembros de la colonia.

* * *

Allen se deslizó de encima de Tania después de besarla.
Tendido boca arriba, cerró los ojos. Notó el contacto de un cigarrillo encendido en sus labios. Parpadeó y miró a su esposa. Ella fumaba otro, lentamente y expulsando ligeras bocanadas hacia el techo de la cabaña que le habían asignado.
—Tania —susurró Allen—. Tengo que saber lo que está pasando.
—Lo supongo, cariño —sonrió ella, con los ojos brillantes, ya calmada después de la excitación—. Cuando llegamos al valle, El-Dar-Karre nos estaba esperando. Había muchos nativos, terminando de levantar las cabañas. Nos dijo que debíamos tener paciencia. Luego se marchó a la colonia, después de prometerme que tú volverías —siguió nerviosamente—. La verdad es que dudé cuando pasaron los días y tú no aparecías.
»Al día siguiente empezaron a llegar nuestros amigos y...
—Eso es imposible —exclamó Allen.
—¿Por qué?
—Esto no concuerda nada.
—Es posible. ¿Sabes que El-Dar-Karre nos esperaba con un aerocar cuando escapé con Erika de la nave nazi? Posiblemente él debió de tomar un atajo, pues ya nos estaba esperando aquí. Aún era de noche y nos guió desde tierra con luces. Al amanecer ya estaba de regreso, con cientos de vehículos y todos nuestros compañeros.
—La misma noche en que me capturaron —musitó Allen.
Fumó furiosamente, se atragantó y tosió—. ¡Es imposible! ¿Cómo pudo ponerse en marcha toda la colonia tan sigilosamente? Hacía apenas unas horas que estuve reunido con el consejo en pleno y nadie sabía qué hacer. Tania, tengo que decirte algo importante. En la aldea me juzgaron en medio de una sesión de locura y me condenaron a muerte. ¿Sabes quién fue el fiscal?
—Oh, cariño —dijo quedamente Tania, envolviéndose en la sábana. Le dio la espalda y añadió—: Por favor, estoy agotada. Deseo dormir

mañana hablaremos.
Furioso, Allen aplastó el cigarrillo contra el suelo. Esperó unos minutos. Tania dormía profundamente. Se sentó en la cama y se vistió. Después de calzarse las botas salió de la cabaña. Todo estaba en silencio, sumido en la oscuridad de la noche. La temperatura era agradable y apenas corría una ligera brisa procedente del oeste que llevaba un sabor a mar.
Allen caminó entre las cabañas. Percibió ronquidos, roces de las parejas haciendo el amor y algún llanto de niño, humano o nativo. Escuchó un ligero roce de sandalias sobre la hierba y se volvió.
Eran dos personas. Cuando se acercaron pudo verles los rostros a la luz de las estrellas. Eran Sowars y Morty. Allen no pudo reprimir una extraña sensación de hostilidad hacia ellos.
—Tenemos noticias, Allen —dijo Sowars—. Las arañas nazis están atacando diversos puntos del planeta con misiles nucleares. Son bombas de neutrones.
—Sí, sé que están destruyendo las concentraciones zheditas —masculló Allen—. ¿Es que no se ha podido hacer algo para avisarles?
Sowars le miró sorprendido al principio y luego dibujó una sonrisa de comprensión.
—Había olvidado que tú no podías conocer los proyectos.
Los invasores fueron engañados por los zheditas, que les indujeron a localizar falsas zonas habitadas por ellos. Esas bombas de neutrones están cayendo en lugares desiertos.
—El-Dar-Karre debió decírmelo; habría estado más tranquilo.
—Debes disculparle. Tiene muchas cosas en las que pensar. Quería decirte esto porque ahora que los invasores están confiados será el momento de entrar en la segunda fase del plan.
—¿Tengo que decir que estoy vivamente interesado en conocerlo? Pero creo que antes debería saber cómo pudo usted representar ese ridículo papel de *Gaulaiter*.
—¿Eh? Te veo muy alterado, muchacho... —empezó a decir Sowars.
Morty dijo:
—Deberías retirarte, regidor. Tienes que estar descansando para mañana. Yo acompañaré a Allen a su cabaña y luego me retiraré a dormir unas horas a pierna suelta, que también lo necesito.
Sowars, un poco ofendido, asintió. Saludó escuetamente a Allen y se alejó. Cuando quedaron a solas, Morty dijo a Allen en tono de censura:
—Has olvidado la recomendación de El-Dar-Karre, muchacho.
—¿A qué te refieres?
—Maldita sea, jovenzuelo. Sólo debes hablar conmigo, aparte de las mujeres, de lo que pasa en la aldea.
—Querrás decir de lo que sucedió. Todo el mundo se portó conmigo

como si yo fuera su peor enemigo. Me insultaron y escupieron. ¡Y tú te cansaste en el juicio de pedir mi muerte! —El enfado de Allen creció cuando vio que el viejo mostraba una sonrisa cada vez más divertida —. Ahora todo el mundo finge estar contento con mi regreso —se calló, miró de soslayo a Morty—. Has dicho lo que está pasando en la aldea, en presente. ¿Cómo puede ser eso si ahora todo el mundo está aquí? ¿Cuándo crees que esos fanáticos empezarán a buscamos por todo el planeta?
El viejo le echó una mano por el hombro, obligándole a caminar a su lado lentamente.
—Seguramente ahora el almirante está en el edificio del antiguo consejo, que él disolvió. Le acompañará el nuevo y flamante *Gaulaiter* a una opípara cena en compañía del estado mayor de las SS y todos comentarán cómo han sido aniquilados millones de nativos, y que apenas regresen de la incursión a la Tierra o Austranda, terminarán con los pocos supervivientes.
—Estás loco.
—Pretendo, al menos, que tú no desvaríes. Muchacho, cuando amanezca, a los ojos de los nazis la colonia seguirá como siempre, sin que falte un solo bebé. De veras.

CAPÍTULO IX

—Por Dios, Morty, si de verdad deseas que consiga dormir esta noche un poco debes contármelo todo.
—Es algo que no debe trascender a ningún miembro de la colonia, Allen —dijo Morty humedeciéndose sus resecos labios—. Sólo lo sabremos Tania, Erika, tú y yo. Los zheditas piensan que este secreto no debe salir de nosotros. Es peligroso que lo sepan más gentes.
—Bien, escucho.
—En realidad no lo sé todo. El-Dar-Karre ha callado todavía algunos aspectos. Los zheditas es una raza extraña, como no existe en ningún lugar de la galaxia explorada por la Tierra. A veces pienso que ni siquiera son de aquí, que proceden de las espirales galácticas centrales. No puedo adivinar cuándo llegaron a Zhede, pero ellos ya estaban aquí cuando desde Austranda enviaron expediciones para llevar a cabo un serio experimento de convivencia con una comunidad subhumana —Morty se rió al llamar subhumanos a los nativos—. Ellos nos estuvieron estudiando algún tiempo, ¿sabes?, antes de dar su consentimiento para que nos asentáramos. Pero al parecer están satisfechos con nuestro comportamiento y hasta creo que nos quieren un poco, a su manera. Pero lo suficiente para ayudarnos en estos momentos difíciles.
—Pensé que eran ellos los que necesitan ayuda a causa de los

invasores...
—No me hagas reír. Es cierto que dos aldeas fueron sorprendidas cuando llegó el *Walhalla* y algunos cientos de zheditas fueron aniquilados. Pero de este hecho en seguida tuvieron conocimiento los nativos. El-Dar-Karre conocía la matanza desde el primer momento.
—No puedo creerlo. Esas aldeas estaban a cientos de kilómetros de la colonia. Y en medio hay una gran extensión que carece de aldeas nativas. ¿Cómo se propaló la noticia?
—¿No lo adivinas? Son telépatas, paranormales. Muchacho, es una raza muy inteligente y civilizada.
—Pero carecen de tecnología. Cuando llegaron los primeros colonos vivían más rudimentariamente que ahora.
—¿Y eso significa que no son inteligentes? Vamos, no me defraudes. Ya conoces lo que sucede en los planetas excesivamente dominados por la tecnología. Lo echan a perder todo y destruyen el medio ambiente. Los zheditas nos toleran porque nosotros tenemos unas ideas especiales, amamos la naturaleza y pretendemos convivir con ella siempre, no destruirla.
—Está bien. Sigue. No es ningún hecho sorprendente que sean telépatas. Muchos humanos los son también.
—¿Sí? Pues escucha, chico incrédulo. Los zheditas se esfumaron en unas horas. Los invasores localizaron falsas concentraciones de ellos, que son las que han bombardeado.
—Es imposible que cientos de millones de zheditas puedan ocultarse.
—No son tantos. Apenas, creo unos diez o doce millones.
Nos hicieron creer al principio que eran tantos para que los respetáramos más. Y no solamente han burlado de esa forma a los invasores, sino que los están engañando desde que salimos de la colonia. ¿Aún no lo comprendes?
Allen abrió desmesuradamente los ojos.
—¿Quieres decir que...?
—Ajá. Unos miles de ellos nos están representando en la aldea, tomando nuestras personalidades con tanta perfección que el vanidoso del almirante piensa que los colonos están rindiendo pleitesía a su déspota Tercer Reich.
—Pero... ¡Es increíble!
—¿Es que lo dudas después de haber visto a mi doble mandarte a la muerte en esa burla de juicio presidido por un estúpido Sowars? El-Dar-Karre me contó cómo te sacó de la cárcel. Con su mente, ayudado tal vez por los zheditas que actuaban como humanos, obligó a los soldados de las SS a que te vieran como uno de los suyos y a él como el coronel o qué sé yo.
—Entonces, ¿qué pasará cuando descubran los cuerpos del soldado y del coronel Hoffman?

—Nada, supongo. Pensarán que huiste por otro lado, nunca que pasaste delante de sus narices. Fue lamentable lo que tuviste que hacer, pero entonces tú no podías saber que El-Dar-Karre se dirigía para liberarte.
—El-Dar-Karre ayudó a escapar a Tania y Erika poniéndoles cerca un aerocar cuando huían del *Walhalla*. Les corroboró que debían refugiarse en este valle. ¡Pero El-Dar-Karre estaba aquí esperándolas!
—Creo que ese viejo astuto tiene colaboradores que toman su personalidad en los momentos precisos —gruñó Morty—. Lo siento, pero no puedo disponer de explicaciones a todos los interrogantes.
Allen resopló. Echó de menos un cigarrillo en aquellos momentos.
—¿Qué pasará ahora?
—Esperar. Seguir con el plan.
—Elaborado por los zheditas, claro.
—Sí, así es. ¿Es que te molesta?
—No, de ninguna manera, pero me siento disminuido ante el poder de quienes hasta ahora hemos considerado como buenos amigos, pero seres simples. De todas formas sigue existiendo un serio peligro. ¿Servirá de algo que las tropas del ejército regular hayan asimilado en sus sueños la realidad de lo que sucede?
—Por supuesto. Esa tropa está compuesta por hombres y mujeres que merecen algo mejor que obedecer las órdenes de un lunático como el almirante o depender de un desequilibrado führer.
—Me siento dominado como una marioneta manejada por estos seres —masculló Allen.
—Pues yo me siento muy feliz. Siempre pensé que los nativos nos toleraban porque nos tenían miedo o respeto. Ahora sé que podemos convivir con ellos porque nos aprecian de verdad.
Allen sonrió.
—Es verdad. Es una versión consoladora. ¿Puedes explicarme ahora en qué consiste el resto de eso que llamáis proyecto?
—Claro que sí —rió Morty.

* * *

El almirante Mark Van Gruber sonrió complacido cuando el sirviente colono le depositó sobre la mesa el suculento desayuno. El hombre saludó con una profunda reverencia y se retiró. Únicamente el fuerte portazo que dio al salir hizo fruncir el ceño del almirante cuando estaba untando de mantequilla su primera tostada.
Estaban resultando buenos súbditos del Reich, pensó. Pero aún debían aprender ciertas formas de comportarse. Necesitaban más disciplina. Mordió la tostada, crujiente y aún calentita. Luego sorbió un poco de fuerte café negro y empezó a tararear una canción de guerra antigua, que se hizo muy popular en la Primera Guerra Mundial.

En seguida soltó un gruñido. Aquélla guerra fue perdida por su patria, pero se desquitaron con creces en la segunda, que fue el inicio del gran imperio que ahora se extendía por las estrellas.
Sonaron débiles golpecitos en la puerta. Gritó que entrase quien fuese. Parpadeó cuando el nuevo *Gauleiter* avanzó hacia su mesa. Sowars sonreía como un conejo asustado, haciendo ridículas reverencias al acercarse.
—Buenos días, Excelencia —susurró Sowars—. Le deseo buen provecho. Siento molestar le, pero es importante la honrosa misión que me trae aquí.
Van Gruber soltó un bufido. Sin dejar de comer, con la boca llena, preguntó:
—¿Qué demonios se le ofrece? —recordó que la otra noche, tal vez enturbiada un poco su mente a consecuencia del dulce vino del planeta, había dicho al flamante *Gauleiter* que él podía verle cuando quisiera, sin pedir audiencia. Ahora se estaba arrepintiendo de su espontaneidad.
—Toda la colonia está ansiosa porque su Excelencia otorgue su permiso para que esta ciudad, hasta ahora sin nombre, se llame Villa Gruber.
—Es un honor que acepto, pero el nombre correcto deberá ser Villa Von Gruber. ¿Cómo se le ha olvidado mi apellido completo?
—Oh, lamentamos el imperdonable error, señor. Esta tarde se procederá a una ceremonia en la plaza de Villa Von Gruber en donde la población testimoniará a los distinguidos huéspedes su adhesión antes de la inminente partida del *Walhalla*.
El almirante torció el gesto. La presencia de aquel tipo le fastidiaba, pero estaba resultando un buen colaborador. Estaba seguro que con él de jefe títere de la colonia no existirían problemas cuando partiesen al día siguiente en dirección a Austranda, parada que había decidido con su estado mayor a última hora.
Pensó que con media compañía sería suficiente para mantener el orden en la colonia, ahora que sabía era tan pacífica. En caso contrario la muerte del coronel Hoffman hubiera supuesto un contratiempo, pues, el oficial de la Gestapo era un profesional en cuestiones de ocupación.
Se puso de malhumor al recordar que aquel díscolo Al!en Hogan se había escapado cuando estaba a punto de ser fusilado. De no haber estado tan cerca la hora de la partida y no querer prescindir de más hombres de las SS, habría ordenado que todos los estúpidos guardianes fueran fusilados.
Exceptuando el hecho, en el cual creía cada vez más, de que se encontraban en otro universo donde las cosas, eran muy distintas al que habían conocido, desde que llegaron a Zhede habían sucedido

más cosas positivas que negativas.
Pero estas últimas le preocupaban. Estaba el asunto desagradable de la oficial Von Lanstrung. Sabía que sus tropas la adoraban, unos soldados sacados del pueblo, de antiguas naciones de la Tierra y de planetas colonizados por disidentes al régimen, pero de quienes había que extraer sus hijos para educarlos en las directrices del partido. De todas formas, siempre habían sido un cúmulo de problemas esas compañías, que usualmente dedicaban como tropas de choque y donde la mortandad en los combates era elevada.
En la nave habían dormido hasta ayer por la tarde cerca de diez mil soldados y oficiales. No los habría despertado si el computador no hubiese advertido que la situación de sus mínimos vitales estaba descendiendo a una posición peligrosa. Convenía devolverles a la vida, mantenerlos veinticuatro horas despiertos, con ejercicios y suministros de revitalizantes.
Al día siguiente serían de nuevo hibernados y así viajarían hasta Austranda, en donde podrían ser muy útiles. Siempre había odiado al ejército regular. ¿Por qué todas las unidades no debían ser de las fieles SS, siempre adictas al partido hasta el frenesí?
—Está bien, Sowars. Dispondré que se acondicione la plaza para el acontecimiento —miró al colono y no encontró en él ningún deseo aún de marcharse y dejarle terminar tranquilo el desayuno—. ¿Quiere algo más?
—Rogamos a Su Excelencia que nos ofrezca una exhibición de las aguerridas tropas del Reich, señor. Hemos notado que desde ayer hay más soldados, unos que no visten del negro uniforme como Su Excelencia. ¿No podría brindamos unos vistosos desfiles? Tenemos unos equipos de filmación que recogerían tal evento para la posteridad y...
—Bien, bien. Así se hará. Sí, será una buena despedida.
Póngase en contacto con el oficial de guardia y dígale que es mi deseo ofrecer a la colonia una impresionante manifestación del poder del Reich. Que asistan todas las dotaciones del *Walhalla*, tanto tropas, técnicos y navegantes. Sólo la guardia especial quedará en la nave. ¡Y ahora váyase de una vez!
El ex regidor de la colonia se retiró expresando su agradecimiento con balbuceantes frases.
El almirante siguió desayunando y pensando que la gran plaza de la ciudad sería un marco acogedor para un desfile impresionante, como en los viejos tiempos.

CAPÍTULO X

Ante la gran plaza, mirando al norte, se extendía el prado en cuyo

fondo se alzaba la gran nave. Había sitio sobrado para que los regimientos maniobrasen bajo las secas órdenes de los oficiales. Primero desfilaron las despersonalizadas SS, levantado gran cantidad de polvo bajo los hierros de sus botas al marcar el paso de la oca.
Las unidades de asalto de configuración arácnida estuvieron ausentes. Sólo los carros dotados de proyectores láser habían pasado delante de la tribuna repleta de altos oficiales, en su totalidad luciendo rutilantes uniformes negros.
El almirante parpadeó ante el aún fuerte sol de aquel sistema. Se inclinó hacia su ayudante de campo, inquiriendo por las unidades regulares.
Un interlocutor, un general tuerto y con varias cicatrices, le miró inquieto. Respondió:
—Señor, fueron recluidas en la nave antes del mediodía para proceder a su hibernación, tal como usted ordenó por medio del enlace. Ciertamente me sorprendió tal comunicación, ya que suponía que esos miles de hombres debían desfilar. Claro que luego pensé que no deseaba perder tiempo para partir mañana a la hora prevista y...
Van Gruber meneó la cabeza. Apenas hacía un rato había dado buena cuenta de una botella de viejo coñac que había hecho llevar desde la nave a los aposentos que había estado usando en la ciudad. Recordó haberla dejado por la mitad y desde hacía un buen rato le dolía la cabeza y no podía coordinar bien sus ideas. De todas formas, se dijo, no recordaba haber dispuesto que los regimientos regulares se mantuvieran dentro de la nave y se estuviera procediendo a su hibernación. ¡Demonios, no! Tal medida era contraproducente. Se había captado cierto descontento y nerviosismo entre esas tropas en el escaso tiempo que estuvieron despiertas. Y la ausencia de su jefe Von Lanstrung se había ocultado. Debían tener cuidado con ellos. Si no fueran imprescindibles para las siguientes operaciones...
El almirante barbotó algo entre dientes. Las últimas compañías de las SS pasaron delante de la tribuna. Los gritos de los oficiales le hizo despertar un poco y sonrió. Si todas las fuerzas a su disposición fueran como aquéllas no tendría preocupación alguna.
Claro que sus oficiales presumían que si las cosas se desarrollaban según los planes, en Austranda iban a disponer de suficiente material de guerra gracias a su poderosa industria, además de millones de hombres para formar potentes ejércitos bien adoctrinados. Austranda era un mundo laborioso, pero que apenas disponía de unos patrulleros ligeros que podían ser aniquilados durante la primera pasada si no se rendían a su ultimátum.
Miró a la derecha. Allí estaba el estúpido Sowars, acompañado de algunos colonos importantes de la comunidad. Los vio embobados

con el desfile. Suspiró pensando que ahora tenía que aguantar los discursos.
La banda de música terminó de interpretar la marcha apropiada para el desfile y ahora tocaba una música más ligera. A una indicación del flamante *Gauleiter* permaneció en silencio.
Sowars se levantó y miró al almirante.
—Señor, es el momento de expresaros nuestra más viva repulsión por la actitud observada en este pacífico planeta por la brutal agresión de que hemos sido objeto...
El almirante, que apenas Sowars había empezado a hablar y le sonreía protocolariamente, quebró la risueña expresión de sus labios para trocar la en una mueca incrédula.
—¿Qué... ? ¿Qué está diciendo? —balbució.
—¡Cállese! —Sowars saltó de la tribuna y se plantó frente a ésta, ignorando la fila de soldados de las SS, quienes a falta de una orden expresa, seguían impertérritos ante lo que sucedía.
—Y ahora escúcheme, perro baboso —siguió diciendo Sowars.
En un segundo, muchas cosas sucedieron vertiginosamente. Sowars dejó de ser Sowars. Ahora era un nativo, El-Dar-Karre precisamente. Y los demás colonos que compartían la tribuna y llenaban la ancha calle preparada para la exhibición dejaron de ser fervorosos espectadores para convertirse en fríos nativos. Luego el almirante saltó de su sillón y los restos del alcohol se esfumaron como por ensalmo.
—Llevan consigo la muerte, la muerte de los seres y de las libertades de éstos. Proceden de un espacio-tiempo diferente a éste, provocada esta circunstancia por un vórtice sideral. Sus mentes salvajes se resisten a asimilar la actual realidad y pretenden convertir este Universo pacífico en campo de batalla y sus ciudades en ghettos. En su peculiar mundo combatieron una raza pacífica, una raza que es la nuestra también. Fueron a sus mundos situados en ese plano paralelo para destruirlos, enloquecidos por la sangre que tiñen sus armas. Justamente no merecen vivir, pero no pretendemos descender hasta su sucio nivel y les ofrecemos una posibilidad de conservar sus sucias vidas.
El almirante había escuchado estupefacto la disertación del zhedita, incapaz de hablar. Sólo cuando el orador calló, pudo articular:
—¡Matadlo, matad a todos estos monstruos!
A su aullido, las también sorprendidas tropas de las SS empezaron a moverse. Antes que montaran sus armas, la plaza y sus alrededores se vieron vacías de nativos.
Los oficiales y jefes saltaron de la tribuna y empezaron a buscar sus unidades. Del fondo de la explanada llegaron corriendo las compañías a paso ligero.

—¿Dónde están esos monstruos? —vociferó el almirante sacando dificultosamente su arma de reglamento.
Las arañas que habían participado en el desfile hacía unos minutos y que se encontraban situadas a más de un kilómetro empezaron a estallar. Densas bolas de fuego surgieron en sus entrañas, saltaron hombres al aire y una densa humareda las envolvió.
El general tuerto gritó a sus ayudantes que se pusieran en contacto con el *Walhalla* solicitando que los tanques que se dirigían hacia allá regresaran inmediatamente.
Pero de la gigantesca nave llegó algo inesperado. Los mismos tanques por cuya presencia clamaban los jefes nazis, se dirigían a toda velocidad hacia la ciudad, pero flanqueados por densas agrupaciones de soldados de uniformes verde oliva, apoyados con proyectores láseres montados en plataformas voladoras.
—Están rodeando la ciudad, señor —silabeó el general tuerto.
Nerviosamente, el almirante se puso delante de los ojos los binoculares. Al mirar, lanzó un grito y exclamó a continuación:
—La Von Lanstrung está al frente de esos malditos. ¡Esto es una rebelión!
—¡Todo el mundo dispuesto a la defensa! —gritó el general.
Volvió a insistir en órdenes que los demás oficiales no sabían cómo ejecutar. Ellos estaban al descubierto, rodeados de casas cerradas y en cuyo interior podía haber más enemigos. Además, las tropas que se aproximaban contaban con las reservas de la nave y con todas sus armas pesadas. Las únicas que estaban controladas por las SS eran las escasas arañas que desfilaron y que ahora eran montones de hierros retorcidos.
Para mayor desesperación del almirante, sabía que los siete u ocho mil soldados SS que se agrupaban en la plaza contaban con rifles láser y éstos con una pequeña carga energética.
Las tropas regulares dejaron de avanzar al situarse a unos cien metros de las primeras líneas del almirante. Un carro de combate avanzó más. En la torreta estaba Erika Von Lanstrung y dos colonos.
Cuando se detuvo el carro apenas a veinte metros de la tribuna, Erika usó un megáfono para decir:
—Almirante, cualquier defensa sería un suicidio y supondría la destrucción de sus hombres. Depongan las armas y considérense prisioneros.
—¡Maldita ramera! —gritó Von Gruber—. El *Reichtag* tendrá noticias de su traición y le juro que yo mismo mandaré con gusto el pelotón y...
—No se moleste, almirante —dijo Allen saltando del carro y dirigiéndose al grupo de oficiales resueltamente—. Usted no tendrá ninguna posibilidad de acusar a nadie porque el *Reichtag* no existe en este Universo al que ha venido a parar. Ríndase de una condenada

vez.
—¡Nunca! Moriremos luchando por la gloria del Tercer...
—No se acalore, almirante —dijo una voz tonante en un extremo de la plaza.
Todos se volvieron para mirar hacia allí. El-Dar-Karre caminó lentamente, despreocupándose de las armas de los SS que se dirigieron hacia él nerviosamente.
—Si observan a sus espaldas verán que mis hermanos están a su retaguardia, si usamos una expresión militarista. No tienen ninguna alternativa de durar unos minutos si comienzan a luchar. Pero, en cambio estoy dispuesto a prometerles, en unión de nuestros amigos los colonos y tropas de Erika Von Lanstrung, la vida y la marcha de este planeta.
El almirante miró ceñudamente al ser humanoide. Después de observar a sus oficiales y comprobar que en sus miradas surgieron chispas de esperanza, se atrevió a preguntar:
—¿Quiere decir que nos dejarán marchar... en nuestra nave?
—Exactamente. Podrán irse con ustedes todos cuantos deseen —El-Dar-Karre sonrió con burla—. Aunque estoy seguro que todos los miembros del cuerpo regular, hombres y mujeres, optarán por quedarse en la colonia, en donde serán cordialmente acogidos.
—Olvida usted que no tenemos ningún lugar adonde ir. ¿Qué pasa con nuestro armamento?
—Lógicamente embarcarán sin armas pesadas. Serán destruidas en Zhede. Pero les dejaremos algunas pistolas y rifles para su defensa en el planeta donde decidan aterrizar.
—¡Esa propuesta es inadmisible! —gritó el almirante.
—Bien, creo que olvidaba algo importante. La raza Zhede, como ustedes supieron, es la misma que la Tlardo. Nosotros podemos viajar por los distintos universos paralelos fácilmente. Por eso, almirante, podemos indicarle cómo regresar a su propio plano espacio-temporal.
—¿Está seguro?
—Le doy mi palabra. Sólo tienen que seguir las indicaciones e insertarlas en sus programadores de navegación.
Lentamente, el almirante fue mirando los asustados rostros de sus oficiales. Comprendió lo que éstos pensaban. Deglutió y dijo roncamente al zhedita:
—Confiamos en usted.

* * *

Al día siguiente el *Walhalla* partió de Zhede y nadie acudió a despedirla.
Empero, Allen la observó ascender rugiente hacia el cielo y desaparecer entre las nubes del atardecer. Estaba en la terraza del

edificio del consejo, del cual ya habían desaparecido los signos de los invasores.
Se volvió para mirar a El-Dar-Karre. El viejo líder zhedita le devolvió la mirada con amistad.
—Parece que todo acabó satisfactoriamente, amigo.
—Es una hermosa palabra de su idioma cuando se expresa con toda la potencia de su significado —sonrió el nativo.
—Nos queda una dura labor ahora. Tenemos que acomodar a diez mil hombres y mujeres más. Espero que sean buenos campesinos. De todas formas los que no se adapten pueden viajar a Austranda cuando lleguen las naves regulares. Pero olvidarán pronto su penosa experiencia militar. Estoy seguro que son gentes pacíficas que sólo desean una existencia tranquila.
—Estoy de acuerdo contigo, Allen. Ah, tu esposa me encargó que te dijera que está esperándote. Creo que se trata de una cena íntima con Erika.
—Iré en seguida; pero antes desearía que me dijeras...
—¿Aún no está satisfecha tu curiosidad?
—¿Podría estarla?
—Mirándola desde la perspectiva humana, no.
—Al parecer vosotros tenéis unas cualidades que nosotros carecemos. ¿Es que están incapacitados para contarme al menos de dónde habéis venido?
—No. Pero quiero que lo que voy a decirte no salga más de tus labios.
—¿Ni siquiera a las tres personas que no pudiste ocultar que vosotros, me refiero a tus hermanos, nos suplantasteis ante los invasores?
—Me gustaría que tampoco, pero te dejo que se lo reveles a ellos si te place.
—Bien, habla.
El-Dar-Karre se sentó sobre el suelo, cruzando sus cortas piernas.
—Los universos paralelos fueron conocidos por mi raza hace mucho tiempo, miles de años. Aprendimos a cruzar esas fisuras con sólo el poder de la mente y aprovechando ciertos conocimientos metafísicos. Los tlardos o zheditas vivimos en muchos planetas en diversos universos. Algunos hermanos míos visitaron el universo de donde procedían los invasores, pero sólo con afán de estudio. Usaron naves espaciales, de las que disponemos también aunque a algunos grupos no nos gustan. Los nazis descubrieron esas naves y no se molestaron en averiguar si llegaban en son de paz. Encontraron en los expedicionarios tlardos una excusa para mantener en sus vastos dominios un constante estado de guerra que les permitía consolidar el régimen de terror.
»Mis hermanos pueden pasar de un universo a otro, ya lo he dicho,

con la mente o usando naves estelares. Nosotros llegamos a este planeta hace cientos de años y nos instalamos porque nos gustó. Durante nuestra estancia nos visitaron naves terrestres o procedentes de planetas colonizados por seres de la Tierra. Pero todas llegaban con ánimo de rapiña y no permitimos que se instalaran aquí.
—¿Usando la fuerza?
—No, de ninguna manera. Borramos las mentes de los visitantes y ellos regresaron a sus hogares contando que visitaron un planeta que no valía la pena. Eso pasó hasta que llegaron sus compañeros con Morty al frente. Decidimos permitirles aposentarse porque analizamos sus pensamientos y supimos que eran sinceros. Además, ésta sería una experiencia interesante. Incluso si las cosas marchaban mal y el proceso era irreversible, nosotros seríamos los que podíamos marchamos sencillamente.
—Por fortuna no ha sido necesario, ¿no?
—Estuvimos a punto de hacerla cuando esos asesinos aniquilaron dos pequeñas aldeas nuestras, Allen. Pero luego comprendimos que vosotros tendríais también dificultades y nuestra ayuda os seria necesaria.
—¡Seguro que os necesitábamos, amigo! Sin vuestra ayuda esa gente... No sé qué habría pasado. De todas formas, creo que tú y tu pueblo habéis sido demasiado benévolos con ellos al permitirles regresar a su universo.
El-Dar-Karre le miró con expresión burlona.
—¿Qué te hace pensar que el *Walhalla* ha vuelto a ese universo donde impera el miedo y el terror?
—No me creo que hayas faltado a tu palabra.
—Era innecesario, amigo. Yo les prometí que volverían a su universo, en donde existiera el partido. Y así lo he hecho. El *Walhalla* usará una fisura, que a veces se presenta como un vórtice estelar, y entrará en un universo en donde existe el partido nazi.
—¿Entonces...?
—Pero en ese universo, pese a que Alemania ganó la guerra, se destruyó toda la Tierra en una segunda fase de la Guerra Mundial. Apenas quedan unos trozos de territorio donde una ridícula corte nazi vive penosamente practicando ciertos ritos salvajes, tal vez forzados por las penosas condiciones en que se encuentran. En esas prácticas se encuentra el canibalismo, por ejemplo. Ah, ellos no descubrieron aún los vuelos por el espacio. El Walhalla llegará allí y ya no podrá volver a alzarse hacia el espacio. Se quedarán para siempre en un escenario dantesco. Creo que es un buen castigo, ¿no te parece?
—Me das miedo. Es una trampa diabólica.
—¿La repudias?
—No, nada de eso. Me alegra tenerte como amigo, mejor lo que has

hecho que permitir que esos rufianes retornasen a su origen.
—Algún día haré una visita a mis hermanos de ese universo. Creo que necesitarán ayuda para defenderse de las incursiones de la Tierra. De la Tierra dominada por el partido.
Allen asintió.
—Cuando llegue ese momento debes decírmelo. Estamos en deuda con tu pueblo, se llame Tlardo o Zhede.
—Lo recordaré —dijo El-Dar-Karre, vivamente complacido.

FIN